

Título: La Rusia Subterránea
Autor: Stepniak

Ex Nihilo - Distribuidora
Edición primera
Barcelona - Abril 2016
www.exnihilo.noblogs.org
exnihilo@riseup.net
unabomber@riseup.net

NINGÚN DERECHO RESERVADO

Se reconoce al autor o autores del texto, más no los derechos de autor o de propiedad. Por ello, si ves conveniente la reproducción total o parcial de éste texto, por cualquier medio, desde aquí alentamos a la respectiva reproducción.

La propiedad es un robo: copia, difunde, distribuye.



The logo is a stylized, handwritten-style signature. It features a large, bold letter 'E' on the left, a vertical line that curves into a 'T' shape in the middle, and a large, bold letter 'N' on the right. The lines are thick and black, creating a graphic, monogram-like appearance.

СТЕПНИАК
LA RUSIA SUBTERRÁNEA Y LA
IMPRESA CLANDESTINA

EL TERRORISMO PRECURSOR DE LA REVOLUCIÓN
extractos del libro «La Rusia Terrorista»

01 | QUIÉN FUE СТЕПНИАК

СЕРГЕЙ МИХАЙЛОВИЧ СТЕПНЯК-
КРАВЧИНСКИЙ

Hierven los fermentos revolucionarios diseminados por el territorio ruso, como si de un momento a otro hubiesen de socavar y echar abajo el formidable edificio de la autocracia. En estos momentos, es de sumo interés conocer los orígenes de la revolución que va fraguándose en Rusia, de manera que será oportuna la exposición de esos orígenes, que vamos a sacar de la famosa obra “La Rusia Subterránea” de Sergio Kravchinski.

Stepniak, seudónimo adoptado por Sergio Kravchinski, se afilió al Comité Ejecutivo del Partido Socialista Revolucionario y dirigió el periódico *Zemlyá i Volya*, Tierra y Libertad. Tomó parte, de consiguiente, en la agitación revolucionaria, y participó de forma tan directa que se encargó de asesinar al jefe de la policía secreta de

ese país, el General Mesentzeff, con una daga en las calles de San Petersburgo en 1878. Acérrimo revolucionario, compréndese el carácter apologético de su historia, escrita con evidente apasionamiento, pero nutridas con datos y observaciones personales que le dan un valor documental insuperable.

Kravchinski, como tantos otros apóstoles de la revolución rusa, era de noble prosapia, y salió del ejército para emprender la propaganda.

A los 23 años, en 1875, predicaba la revolución a los lugareños, ganándose la vida con el oficio de aserrador. Al poco tiempo fue detenido, pero pudo escapar, y buscó refugio en Suiza, de donde pasó a Italia. Era en 1878, cuando estalló el levantamiento anarquista en Benevento. El joven ruso con el nombre falso de *Abraham Rublof*, cayó en manos de los carabineros, al marchar con otros revolucionarios para concurrir al alzamiento. Durante su estancia en la cárcel, estudió el italiano, y al recobrar la libertad ese mismo año, corrió de nuevo a Rusia para la ejecución del General Mesentzeff, a la salida de una Iglesia de San Petersburgo. De una puñalada mató al Jefe de la Policía Secreta Rusa; subió a un coche, guiado por un médico miembro del Comité, pudo de ésta forma alcanzar la frontera sano y salvo.

Desde entonces se dedicó a la propaganda, bajo el seudónimo de Stepniak, firma acreditada de trabajos en Inglés e Italiano, y renombrada en las demás naciones europeas, que se han hecho traducir los estudios históricos y novelas que presentaron y fomentaron al mundo la causa de la revolución rusa. Stepniak murió horriblemente a los 48 años, una noche desolada en Londrés, el 23 de Diciembre de 1895, descuartizado por un expreso en un

paso a nivel.

La obra, fue escrita en italiano por Stepniak y le ganó fama de literato, tanto como simpatías, de los revolucionarios de toda Europa. Y no solamente todo los revolucionarios de toda Europa. Y no solamente, los revolucionarios, sino también, los liberales más moderados de Inglaterra, y de los Estados Unidos ayudaron a Stepniak en la fundación de las sociedades “Amigos de la Libertad Rusa” y de la “Humanitaria en pro de los desterrados siberianos”. Entre tanto, su acción en Rusia fue incesante. Pasaba largas temporadas en su tierra con nombre falso, como todos los ilegales. Y no regateaba su prestación personal a la tremenda sediciosa jugándose la vida a cada instante. De su experiencia y de sus estudios salió la historia del terrorismo.

EL TRADUCTOR, EN EL FOLLETON “LA PUBLICIDAD”, 1905

02 | PRELUDIO

I

El novelista Turguenef, que ha alcanzado por sus escritos merecida gloria, se hizo inmortal con una sola palabra. A él se debe el término “nihilismo”. En un principio se empleó en sentido despreciativo; pero después, por orgullo, lo aceptaron los vituperados, según ocurre muchas veces.

No hablaríamos de esto si no mediase la circunstancia de que en Europa se ha dado el nombre de nihilista no ya al partido así llamado en Rusia, sino a otro que es totalmente

diverso.

El verdadero nihilismo fue un movimiento filosófico y literario que floreció en el decenio siguiente a la liberación de los siervos, es decir, entre 1860 y 1870. Hoy se ha extinguido por completo y sólo quedan de él algunos vestigios que desaparecerán rápidamente, pues con la vida febril de estos últimos años en Rusia un decenio puede considerarse como un período de 30 a 50 años.

El nihilismo fue una lucha por la emancipación de los hombres inteligentes sometidos a durísimo yugo, y esta lucha coincidió con la manumisión de los trabajadores esclavizados por los patronos.

Puede afirmarse que el principio fundamental del nihilismo propiamente dicho, fue el individualismo absoluto. Equivalía a la negación, en nombre de la libertad individual, de todas las obligaciones impuestas al individuo por la sociedad, la religión y la familia. El nihilismo fue una reacción poderosa y apasionada, no ya contra el despotismo político, sino contra la opresión moral, que pesa sobre la vida íntima y privada del individuo.

Pero debemos confesar que nuestros predecesores, al menos en los primeros tiempos, pusieron en esta lucha, esencialmente pacífica, el mismo espíritu de rebelión y casi el mismo orden que caracterizan el actual movimiento. Trazaré aquí el carácter general de tales combates, porque fueron el verdadero preludio del gran drama cuyo último acto se desenvuelve en el imperio de la Noche.

La primera batalla se dio en el dominio de la religión; pero

el ímpetu fue tal, que apenas iniciada la lucha se alcanzó la victoria, pues no hay país en el mundo donde las clases cultas sean menos religiosas que en Rusia. La última generación fue un poco cristiana por costumbre y un poco atea por su cultura. Y una vez lanzado al asalto el ejército de jóvenes escritores, instruidos en las ciencias y la filosofía positiva, llenos de fuego y de inteligencia, el cristianismo cayó como una vieja barraca cuarteada que está en pie porque nadie la toca.

Para la propaganda materialista se empleaban dos medios que se apoyaban y complementaban mutuamente. En primer término se utilizan la imprenta, la traducción y composición de obras que suministran irrefutables argumentos contra todo sistema religioso, contra el libre artificio y el ultramontanismo. Para evitar los zarpazos de la censura, los pasajes demasiado claros se velaban con obscuras palabras, que ponían de relieve la idea a los ojos del lector apasionado y atento.

La propaganda oral, valiéndose de argumentos aducidos por hombres de ciencia, sacaba las consecuencias lógicas de la doctrina y omitía las reticencias impuestas a los escritores. El ateísmo aparecía como una religión admirable y nueva. Los prosélitos se dirigían a las almas vivas para lavarlas de “la abominación del cristianismo”, y extremaban su celo como activos misioneros. También se recurrió a la imprenta clandestina, por cuyos medios fue traducido el libro de Büchner, *Fuerza y Materia*, donde el filósofo alemán arremete briosamente contra la teología cristiana. Este libro, que se distribuyó secretamente y no sin peligro, alcanzó un éxito extraordinario. Algunos llevaron su diligencia hasta el punto de propagar las nuevas ideas entre los alumnos de las escuelas primarias.

Un día llegó a mis manos una “Carta abierta” de B. Zaizef, redactor del Russkoie Slovo (La Palabra Rusa), que era un periódico muy popular en aquella época. En la referida carta, que debía ser impresa en secreto, el autor, refiriéndose a otro tiempo y a las acusaciones contra los primeros nihilistas de hoy, dice: “Os juro por lo más sagrado que no éramos, como se cree, unos egoístas. Admito nuestro error; pero teníamos la convicción de que luchábamos por la felicidad humana y todos hubiéramos subido al patíbulo o hecho los mayores sacrificios por Moleschott o por Darwin...” Esta frase me hizo sonreír. El lector se sonreirá a su vez, pero era exacta y profundamente sincera. Si hubiera llegado el caso, el mundo habría presenciado tal vez un espectáculo tragicómico: el martirio por sostener que Darwin tiene razón contra Cuvier, como hace dos siglos se vio al sacerdote Abaco y sus discípulos arrostrar la hoguera y la horca para afirmar que debe escribirse “Jesús” con una Y, en vez de dos (Yisus, ortografía griega), y cantar el aleluya tres veces, en vez de dos, como lo hace la iglesia imperante.

Es característico del espíritu ruso el apasionamiento exagerado hasta el fanatismo por cosas que únicamente merecían la escueta aprobación o censura de un hombre de Occidente.

Pero, en el caso a que nos referimos, sucedió lo contrario. Nadie se tomó la molestia de defender los altares de los dioses. Por fortuna, entre nosotros nunca tuvo el clero el menor influjo espiritual, ya que los sacerdotes están casados, se distraen en asuntos de familia y se distinguen por su crasa ignorancia. ¿Qué podrá hacer el gobierno contra un movimiento puramente intelectual y

que no se manifestaba por actos extremos?

Se venció sin esfuerzo, ni fatiga y el triunfo ha sido definitivo. Hoy no hay en Rusia ningún hombre instruido que no sea materialista puro y acérrimo; de tal manera, que un contrario de esta doctrina sería un mirlo blanco.

Esta victoria es importantísima. El ateísmo absoluto es la única herencia transmitida íntegra a la nueva generación, y no he de insistir para demostrar cuánto veces los presos políticos, que deseaban ser equiparados a los detenidos por delitos comunes. ¡Tan mísera era su condición! Y de vez en cuando, por conductos que sólo sabe encontrar un preso, llegaba desde aquellos calabozos una carta escrita en un pedazo de papel, en la que se señalaban las injurias infames, las inútiles crueldades que los carceleros realizaban para complacer a sus superiores. Estas cartas iban de mano en mano y las noticias pasaban de boca en boca, haciendo verter lágrimas de dolor y de rabia y suscitando en los ánimos más serenos pensamientos de sangre, de odio y de venganza.

II

Pero hay un punto en el cual el nihilismo prestó grandes servicios a su país, y es la cuestión feminista. El nihilismo decretaba la igualdad del hombre y la mujer y concedía a esta última los mismos derechos que al primero. La intimidad de relaciones sociales en Rusia, donde no hay cafés, ni clubs y donde los salones son el único punto de reunión, y quizá aún más, la nueva posición económica de los nobles, después de la emancipación de los siervos, lograron que la libertad de la mujer se consiguiera fácilmente y casi por completo.

Se subyuga a las mujeres por medio del amor, y, por lo mismo, es muy lógico que cuando quieren reivindicar sus derechos empiecen por pedir la libertad del amor. Así ocurrió en la antigüedad, en la Francia del siglo XVIII y en los tiempos de Jorge Sand. Lo mismo ha pasado en Rusia.

Sin embargo, entre nosotros, la cuestión de la libertad de la mujer nunca se ha reducido al mezquino derecho de “amor libre”, que, en realidad, no es más que el derecho de poder elegir amo. Pronto se comprendió que lo más importante es obtener amplia libertad, dejando al artificio individual sin independencia económica, la lucha cambió de aspecto y se convirtió en pugna para alcanzar el libre ingreso en la enseñanza superior y en las profesiones, que ejerce el hombre instruido. La lucha fue larga y obstinada, porque debía eliminarse el obstáculo de nuestra familia bárbara y medieval. Nuestras mujeres combatieron intrépidamente con la misma pasión que caracteriza las últimas luchas sociales. Finalmente vencieron las mujeres y aún el gobierno se vio obligado a reconocer el triunfo.

Ningún padre amenaza a su hija con cortarle las trenzas cuando la joven quiere ir a Petersburgo para estudiar medicina o seguir los cursos superiores de otras ciencias. La mujer, dueña de sus acciones, no se ve obligada a huir de la casa paterna y los nihilistas no han de recurrir al “casamiento ficticio” para liberarla.

El nihilismo ha vencido en toda la línea. Hoy el nihilista se limita a descansar sobre sus laureles. Dispone de las dos primeras personas de la Trinidad ideal prescrita por la conciencia: una compañera inteligente y libertad de pensar.

Falta la tercera, que es una ocupación a gusto; pero, como él es inteligente y Rusia carece de hombres instruidos, la encontrará fácilmente.

– ¿Y ahora qué sucederá? – pregunta un joven entusiasta, que ha llegado de alguna distante provincia para visitar a su viejo maestro.

– Seré feliz – le respondía.

– Sí – replicará el joven – serás feliz; ya lo veo. ¿Pero cómo puedes ser feliz cuando se mueren de hambre tus compatriotas, cuando el gobierno oprime a los débiles y les obliga a mendigar un pedazo de pan? ¿No lo sabes? Y si lo sabes, ¿qué has hecho por tus hermanos? ¿No me decías hace tiempo que querías combatir por la felicidad del humano linaje?

Y el nihilista modelo, el nihilista de Turguenef se turbará ante la mirada del intransigente, pues ha sentido desvanecerse el entusiasmo y la fe que lo animaban en otro tiempo. Ha vencido y ya no es más que un epicúreo inteligente y refinado, cuya sangre circula despacio entre los músculos cubiertos de grasa.

Y el joven se marcha lleno de tristeza y se pregunta a sí mismo: “¿Qué debo hacer?”

Estamos en 1871. Por medio de invenciones maravillosas, que le permiten trasladarse de un lugar a otro con increíble celeridad, y hallarse presente en todas partes, el hombre presencia el espectáculo de una civilización conmovida por la idea de reivindicar los derechos del pueblo. Sigue palpitante todas las peripecias del drama representado a orillas del Sena. Ve correr la sangre y oye los gritos de mujeres y niños ametrallados al pie de las

fortificaciones. ¿Porqué se muere? Por la emancipación del obrero, por la noble idea social.

Al mismo tiempo llegan a sus oídos las tristes quejas del campesino ruso, en las que están concentrados los padecimientos de largos siglos de opresión. Ve aquella extremada miseria, toda una vida llena de ansiedad, dolor y ultrajes. Ve al campesino debilitado por el hambre, rendido de fatiga, eterno esclavo de las clases privilegiadas, que trabaja sin descanso y sin esperanza de redención, porque el gobierno le mantiene en la ignorancia y nadie cuida de instruirle ni le tiende la mano. ¿Nadie? ¡Eso no! Ahora ya sabe qué hacer. El le tenderá la mano. ¡El le dirá cómo puede emanciparse y ser feliz” Su corazón se apiada de ese desgraciado que sólo sabe lamentarse. Brilla en sus ojos el entusiasmo y pronuncia en lo íntimo de su alma el solemne juramento de consagrar su vida, todas sus fuerzas y todos sus pensamientos a la liberación de aquel pueblo que padece para que él, hijo del privilegio, pueda vivir cómodamente, estudiar, instruirse.

Se quitará el lujoso vestido que le abrasaba las carnes, y se pondrá el burdo sayo del campesino, sus groseros zapatos y, abandonando el suntuoso palacio de sus padres, que le oprime como el pueblo en una provincia lejana, y allí el débil descendiente de un linaje de nobles cumplirá el penoso trabajo del campesino soportando todas las privaciones para predicar la palabra de redención, el evangelio de nuestro siglo: el socialismo. No le importa el furor de los esbirros del gobierno. No teme al destierro, ni la deportación, ni la muerte. Penetrado de una idea sublime, clara, espléndida como la luz del sol, desafía todos los padecimientos y arrostrará la muerte con la sonrisa en los labios.

Así nacieron los socialistas revolucionarios del 1872 y 74. Así eran sus precursores de 1866, los desventurados Karakosovzi, pequeño núcleo de nobilísimas inteligencias que se desarrollaron al influjo de la Internacional y se extinguieron sin dejar huella de su paso.

Unos y otros representan el movimiento intelectual ruso: los primeros en el decenio de 1860-70 y los segundos desde el 71 hasta nuestros días.

¡Que contraste!

El nihilista busca a cualquier precio la felicidad para sí, y tiene sus ideales en la vida “racional y realista”. El revolucionario trabaja por la felicidad ajena y le sacrifica la propia. Su ideal es una vida de padecimientos coronada por una muerte heroica.

Y, no obstante, el destino ha querido que los primeros, no conocidos fuera de su patria, carecieran de nombre en Europa, y que los segundos, habiendo conquistado una reputación terrible, lleven el nombre de los primeros. ¡Que ironía!

03 | LA PROPAGANDA

I

Según hemos visto, el movimiento revolucionario ruso fue resultado de los ejemplos y de las ideas difundidas en Europa occidental y aceptadas con la mayor decisión por los jóvenes rusos allí residentes.

Ahora debo examinar detenidamente las verdaderas

causas de aquel resultado y su respectivo origen, como se hace al hablar de un gran río cuyas fuentes y desembocadura se conocen, sin saber su curso preciso, ni qué afluentes le dan el caudal de sus aguas.

Es fácil, por lo que a Europa se refiere, determinar su influjo, cuyas vías son sencillas y patentes. No obstante, las preocupaciones del gobierno, nunca se ha interrumpido la comunión de ideas entre Rusia y Europa. Los libros prohibidos, como las obras de Proudhon, Fourier, Owen y otros antiguos socialistas, entraban secretamente en Rusia, a pesar del feroz y suspicaz despotismo de Nicolás I.

Pero ya fuese por la dificultad de adquirir estos preciosos libros, o ya por el lenguaje que los hacía incomprensibles para el común de los lectores, lo cierto es que no tuvieron decisivo influjo. Pero surgió un ejército de escritores ingeniosos, que, inspirándose en las ideas del socialismo, supieron hacerlo accesible a todo el mundo. Al frente de los innovadores estaban los más brillantes talentos con que puede envanecerse Rusia: Cerniscewsky, profundo pensador, hábil economista, literato, batallador, y cuya noble misión terminó con el martirio, que dura todavía: Dobroluibof, eminente crítico, muerto a los veintiséis años, después de haber conmovido a toda Rusia con sus bellos escritos; Mikailof, profesor y publicista, condenado a presidio por un discurso pronunciado antes sus alumnos, y tantos otros. Herten y Ogaref, directores del primer periódico libre en lengua rusa, Kolokol, de Londres, residentes en el extranjero, aportaban su precioso tributo a la generosa obra. Estos fueron los verdaderos apóstoles de la nueva doctrina, que preparaban el terreno para el movimiento actual, educando a la generación de 1870 en las ideas

del socialismo.

Con la Commune parisiense, que tuvo eco en el mundo entero, el socialismo ruso entró en su fase de acción y se extendió a las aldeas del imperio. La infausta guerra de Crimea puso de manifiesto la podredumbre del edificio social ruso y la necesidad de restaurarlo; pero semejante empresa, dirigida por un emperador autócrata que quería conservar sus “sacrosantos derechos” y las prerrogativas de los nobles temerosos de la revolución, esta empresa no podía ser más debida; pero debemos hacer constar que hoy todos los periódicos, incluso la Gaceta Oficial, repiten en diversos tonos lo que valió tantos vituperios a los socialistas, es decir; que las reformas de Alejandro II han sido muy deficientes, y que, en realidad, la famosa emancipación de los siervos no hizo más que empeorar su condición económica, por las crecidas indemnizaciones que tuvieron que pagar en cambio de las porciones de tierra recibidas.

La condición mísera y cada vez peor de los campesinos, que forman las nueve décimas partes de la población preocupó seriamente a todos aquellos que amaban de veras a su patria. Era preciso mejorar esa condición y cabe afirmar que los ánimos se hubieran inclinado a los medios legales y pacíficos si después de haber libertado a los campesinos del yugo de sus señores, el emperador Alejandro II hubiera dado a Rusia una constitución cualquiera que la hubiese hecho árbitra de sus destinos, dejándole al menos la esperanza de la libertad más o menos próxima. Pero no quiso hacerlo en manera alguna. Como la autocracia conservaba todos sus privilegios, no se podía esperar más que en la buena voluntad del emperador. Y con el andar del tiempo disminuía cada vez más esta esperanza. Las reformas

de Alejandro II se redujeron a poca cosa.

La insurrección polaca, sofocada con ferocidad sin ejemplo, fue la señal de una reacción cada vez más severa. No era posible fiar en los medios legales y pacíficos; había que resignarse al mal o buscar por otros caminos la salvación de la patria. Todos los que sentían latir en su pecho un corazón animoso optaron lógicamente por el último partido.

Por eso, a medida que apreciaba el furor reaccionario, iba en aumento la efervescencia revolucionaria y crecía el número de sociedades secretas en las principales ciudades. El tiro de revólver de Karakosof fue una terrible advertencia para el emperador Alejandro II. Pero no quiso transigir y la reacción redobló su violencia. En pocos meses desapareció todo lo que conservaba vestigios de los primeros años de liberalismo. Fue una verdadera danza macabra, un verdadero terror blanco.

II

Después del 66, era preciso ser hipócrita o ciego para creer en la posibilidad de cualquier mejora sin emplear medios violentos. El entusiasmo revolucionario creció a ojos vistas y sólo faltaba prender fuego a la pólvora. Ya he dicho que esto se debió a la Commune de París. Después de los referidos sucesos, a fines del año 71, se formó en Moscú la sociedad de los Dolguschinzi, y el año 72 se organizó en San Petersburgo la importantísima asociación de los Chiaikovzki, que tenía sus ramificaciones en Moscú, Kief, Odesa, Orel y Taganrog. Ambas se dedicaban a la propaganda socialista revolucionaria entre los obreros de las ciudades y los campesinos. No citaré los pequeños núcleos que se

formaron con el mismo propósito en las provincias, ni a muchos individuos aislados, que desde entonces se confundieron con el pueblo para instruirle. Este movimiento espontáneo no era más que el resultado necesario de las condiciones de Rusia, vistas a través del prisma de las ideas socialistas, enaltecidas por Kornizerski y Dobroliubof.

Pero bien pronto se unió a esta corriente nacional otra potentísima que procedía del exterior: la Internacional, que, como es sabido, alcanzó su mayor desarrollo en los años siguientes a la Commune. Es preciso distinguir dos vías diferentes de transmisión: literaria la primera, y personal e inmediata la segunda. Dos escritores, el gran Miguel Bakunin, el genio de la destrucción, principal fundador de la Internacional anárquica o federalista, y Pedro Lavro, eximio publicista y filósofo, prestaron grandes servicios a nuestra causa: el primero como autor de un libro sobre la revolución y el federalismo, exponiendo con claridad y vigor inimitables sus ideas sobre la necesidad de un levantamiento popular inmediato; y el segundo como director de una revista (*Vperiod*, ¡Adelante!) redactada casi toda por él y llena de ingenua doctrina. Aunque diferían en los procedimientos, por ser Bakunin un apasionado defensor del partido extremo de la Internacional, y Lavrof, más bien favorable al partido moderado, los dos escritores proclamaban la revolución como único medio de mejorar la intolerable condición del pueblo ruso.

También la Internacional influyó directamente en el movimiento ruso. He de retroceder un punto, porque al llegar aquí el movimiento individualista del nihilismo propiamente dicho, a que me referí en el Proemio. La lucha por la emancipación de la mujer se confundió con la

del derecho a la enseñanza superior, y como no había en Rusia ni colegios, ni universidades que aceptasen a las mujeres como estudiantes, resolvieron ir a buscar en lejanos países la ciencia que se les negaba en su patria. La libre Suiza, que a nadie cierra sus fronteras, ni sus aulas, fue el país favorito de estas jóvenes, y su Jerusalén la famosa ciudad de Zurcú. De todas partes de Rusia, de las llanuras del plácido Volga, del Cáucaso y de la lejana Siberia, muchachas que apenas habían cumplido dieciséis años, solas, con modestísimo equipaje y poco dinero, partían a desconocidos países en busca del saber a que fiaban la anhelada felicidad. Al llegar al país de sus ensueños, hallaban no sólo colegios de Medicina, sino también un gran movimiento social que muchas de ellas ni siquiera habían sospechado. Y aquí se hizo patente otra vez la diferencia entre el viejo nihilismo y el socialismo de la generación moderna.

– ¿Qué es tu ciencia – se decía la joven, - sino un medio para conquistar un alto puesto en la clase de los privilegiados a que perteneces? ¿Quién, fuera de ti, sacará de ellos ventajas? Y si no hay ventajas para los otros, ¿qué diferencia hay entre tú y esas sanguijuelas que viven del sudor y las lágrimas de tu pobre pueblo? Y la doncella estudiaba la medicina y asistía a las sesiones de la Internacional, aprendía economía política y leía las obras de Marx, de Bakunin, de Proudhon y de todos los fundadores del socialismo europeo. Muy pronto la ciudad de Zurcú se convirtió de lugar de estudio en inmenso club revolucionario. Su fama se propagó por toda Rusia y atrajo centenares de prosélitos entre hombres y mujeres. Entonces fue cuando el gobierno imperial, por mera precaución, publicó el infame y torpe úkase de 1873, ordenando a todos los rusos, bajo pena de ser puestos fuera de la ley, salir inmediatamente de la terrible

ciudad de Zurcí. La juventud tenía el proyecto más o menos vago de regresar a la patria para hacer allí propaganda internacionalista. Con el úkase se logró que en vez de volver separados, en varios años, volvieran en masa o casi todos. Acogidos cordialmente por sus compañeros, iniciaron en todas partes la más apasionada propaganda internacionalista.

III

A fines del invierno de 1872, en una casita situada en los alrededores de San Petersburgo, un grupo de operarios se reunía en torno del príncipe Kropotkin, que les explicaba sus ideas sobre el socialismo y la revolución. El riquísimo cosaco Obuchof, enfermo de tisis, hacía lo propio a orillas del Don, en el país donde había nacido. Un nihilista, Leónides Schiscko, aprendió el oficio en una fábrica de San Petersburgo para hacer allí propaganda. Otros dos miembros de la sociedad, Demetrio Rogachef con uno de sus amigos, se fueron a la provincia de Tver, en calidad de leñadores, para hacer propaganda entre los campesinos. Cuando, en el invierno del 73, por delación de un propietario del distrito, fueron detenidos estos últimos, después de escapar, con ayuda de los campesinos, de manos de la policía, llegaron a Moscú para hacer propaganda entre la juventud, y hallaron a dos muchachas que llegaban de Zurcí con el mismo objeto.

De este modo, las dos corrientes, la nacional y la exterior, convergían dirigiéndose al mismo punto. Los libros decían: “Sonó la hora de la destrucción del viejo mundo de la burguesía. Un nuevo mundo, basado en la fraternidad de todos los hombres, del cual estarán proscritas la miseria y las lágrimas, nacerá de las ruinas del viejo. ¡Manos a la obra! ¡A la revolución, que es

el único medio de realizar tan hermoso ideal!”

Los hombres y las mujeres procedentes del extranjero inflamaban las imaginaciones con el relato de las grandes luchas emprendidas por el proletariado del Occidente, por la Internacional y sus fundadores, por la Commune y sus mártires, y junto con los nuevos prosélitos se preparaban para unirse al pueblo y poner en práctica sus ideales. Unos y otros se dirigían ansiosamente a los propagandistas, entonces poco numerosos, para preguntarles quién era aquel potente y misterioso ser, el pueblo, que sus padres les enseñaban a temer y que ellos amaban ya con toda su alma antes de conocerlo.

Y los propagandistas, llenos de júbilo, les decían que aquel pueblo terrible era bueno, sencillo, confiado como un niño; que no sólo no desconfiaba de ellos, sino que los recibía cariñosamente y escuchaba sus palabras con viva simpatía; que jóvenes y viejos, después de larga jornada de trabajo, se reunían para oírles en humilde morada, a la incierta luz de una tea que les servía de lámpara; que allí hablaban de socialismo o leían uno de los contados libros que habían traído consigo; que las asambleas comunales se interrumpían cuando los propagandistas llegaban a una aldea, pues, para oírles, los campesinos abandonaban sus reuniones. Después de haber pintado los procedimientos de aquel desgraciado pueblo, vistos con sus propios ojos, referían menudos hechos y señales, exageradas sin duda, que demostraban que el pueblo no se hallaba tan abatido como parecía y que había indicios de una tempestad próxima.

Estos gallardos y repetidos esfuerzos, dirigidos al carácter impresionable y entusiasta de la juventud rusa,

determinaron aquel vastísimo movimiento del 73-74 que inauguró la nueva era revolucionaria rusa.

Jamás se había visto cosa igual. Era una revelación más bien que una obra de propaganda. En un principio cabía designar el libro o el individuo que había decidido a tales o cuales personas a unirse a un movimiento. Pero, transcurrido algún tiempo, fue imposible puntualizar los hechos. Era un poderoso grito que salía no se sabe de dónde, y que unía los corazones para la hermosa obra de la redención de la patria y del linaje humano, y al oír este grito los hombres generosos olvidaban el pasado y, abandonando su hogar, sus riquezas, sus honores y su familia, se lanzaban al combate con la alegría, el ardimiento y la fe que sólo sienten una vez en la vida, y que una vez perdidos ya no se recobran.

No hablaré de los jóvenes y muchachas pertenecientes a las familias más aristocráticas, los cuales trabajaban por espacio de quince horas al día en las fábricas, los despachos del campo: la juventud siempre es generosa y está dispuesta al sacrificio. El hecho característico es que el contagio se comunicó a la gente serena, que tenía un porvenir bien trazado y una posición conquistada con grandes esfuerzos: jueces, médicos, militares y empleados. Y estos no fueron los últimos por su ardor.

No era un movimiento político. Se asemejaba más bien a un movimiento religioso del que tenía too el carácter y la tendencia. No se trataba solamente de alcanzar determinado fin práctico, sino también de cumplir un deber, una aspiración a la perfección moral.

Pero como un precioso vaso de Sévres destrozado por la caída de un cuerpo pesado, así se quebró aquel noble

movimiento al contacto de la realidad.

Y no fue porque los campesinos se mostrasen insensibles u hostiles al socialismo: al contrario. Para un campesino ruso que tiene su vieja obschina (municipio rural) con la propiedad colectiva de la tierra, y su mir o gromada (asamblea comunal que rige los negocios locales), las ideas del colectivismo científico y del federalismo no eran más que una deducción lógica y natural de instituciones a las cuales estaba acostumbrado hacía siglos. Y, en efecto, no había país en el mundo donde los campesinos estuvieran más dispuestos que en Rusia a aceptar las ideas del socialismo federativo. Algunos de nuestros viejos socialistas, como, por ejemplo, Bakunin, niegan hasta la necesidad de propaganda socialista entre los campesinos rusos, diciendo que poseen ya todos los elementos fundamentales del derecho y que, por lo mismo, llamados a una revolución inmediata, no podrían realizar una revolución social. Sin embargo, para una revolución se quiere una organización poderosa, que sólo puede formarse con la propaganda, ya sea socialista, ya puramente revolucionaria. No pudiendo hacerla abiertamente, era menester dirigirse a la propaganda clandestina, imposible en nuestras aldeas.

En primer lugar, los que se establecen allí, ya en calidad de artesanos, ya como maestros o secretarios, son vigilados de cerca. Se les acecha y espía fácilmente como a ruseñores encerrados en jaula de cristal.

Y luego que el campesino es incapaz de guardar el secreto de la propaganda. ¿Cómo queréis que no se refiera a un vecino, a quien se conoce hace tantos años, un hecho tan extraordinario como la lectura de un libro, en especial

cuando se trata de una cosa que le parece justa, buena y natural, explicada por un socialista? Así que cuando un propagandista se dirige a uno de sus amigos, corre en seguida la voz por toda la aldea y media hora después la casita está llena de campesinos barbudos que corren a oírle, sin tomarse la molestia de prevenir al recién llegado o a su huésped. Cuando la casita es demasiado pequeña para tanta gente, se le conduce a la casa comunal o a la calle, donde lee sus libros o pronuncia sus discursos bajo la bóveda del cielo.

Es evidente que en tales condiciones el gobierno debía enterarse bien pronto de la propaganda que se hacía entre los campesinos. Las detenciones fueron cada día más numerosas. Una circular oficial declaró que estaban infestados de la epidemia socialista treinta y siete provincias. Nunca se supo el número total de las prisiones. En un sólo proceso, el de los 193 que duró cuatro años, el número de detenidos se elevó a más de un millar.

Pero otros grupos bajaban atrevidamente a la arena tan pronto como parecían ceder los primeros. El movimiento duró dos años con intensidad variable. Y, finalmente fue preciso reconocer que aquello era como querer abrir con las manos brecha en una muralla.

En 1875, el movimiento cambió de aspecto: desistióse de la propaganda dirigida a las masas y, en lugar de la primitiva táctica, se adoptó la llamada colonización (poselenia), es decir, la agrupación de un núcleo de propagandistas en determinada provincia, o mejor dicho, en un distrito.

Para evitar los escollos en que tropezó el movimiento de los años precedentes, los colonos procedían con gran

cautela, cuidando especialmente de no despertar sospechas y dirigirse tan sólo a los campesinos, como gente avisada y provisoria. Las colonias, que corrían menos riesgo de ser descubiertas, persistieron con diversa fortuna por espacio de algunos años, y, en parte, duran todavía. Pero en rigor no podrán hacer gran cosa, teniendo en cuenta lo vasto del territorio ruso y la necesidad de limitar la propaganda a los países escogidos.

IV

En 1877 y 1878 se vieron numerosos procesos que marcaron el fin de aquel primer período de actividad revolucionaria en Rusia.

Deseoso de imitar al segundo imperio francés, que se había servido admirablemente del espectro rojo, el gobierno ruso ordenó que el primer gran procesos, el de los cincuenta, de Moscú, fuese público, esperando que, atemorizada la burguesía, se agruparía alrededor del trono, abandonando sus recientes tendencias liberales.

Pero sucedió que los mismos a quienes se debía considerar como enemigos de los revolucionarios quedaron maravillados al presenciar aquel gran sacrificio.

– ¡Son santos! – Tal era la palabra que salía labios de los que habían presenciado aquel acto memorable.

El proceso monstruo de los 193 no hizo más que confirmar esta opinión. Y, en efecto, todo lo que hay de noble y sublime en la naturaleza humana, parecía concentrado en aquella juventud generosa. Entusiasmada, subyugada por sus grandes ideas, quería sacrificar no sólo la vida, el porvenir y la posición social, sino hasta el

alma. Trataba de purificarse de todas las preocupaciones, de todos los afectos personales para dedicarse única y exclusivamente a sus ideales. El sacrificio quedó erigido en dogma. Y durante muchos años prevaleció en la juventud el ascetismo absoluto. Los propagandistas no querían nada para sí y personificaban la abnegación más pura.

Pero aquellos hombres eran sobrado románticos para los combates que se avecinaban. El tipo del propagandista en los primeros años del decenio era más religioso que revolucionario. Su fe era el socialismo y su dios el pueblo. A pesar de todos los obstáculos, creía firmemente que la revolución debía estallar de un momento a otro, como en la Edad Media se creía en la proximidad del día del juicio. La implacable realidad le hirió en su fe y su entusiasmo, mostrándole a su dios tal como era y no como él lo soñaba. Estaba más dispuesto que nunca al sacrificio; pero carecía del ímpetu y de las pasiones de la lucha. Después de los primeros desengaños, no esperaba la victoria y ambicionaba más bien la corona de espinas que la de laurel. Iba al martirio con la serenidad de un antiguo cristiano y los sufría todo resignado y hasta lleno de voluptuosidad, porque no sabía odiar a nadie, ni aún a sus verdugos.

Tal era el propagandista del 72-75. Sus ideales no le hacían apto para la inminente y reñida batalla, y no pudiendo transformarse, debía desaparecer forzosamente.

Otros se disponían a sustituirle. En el horizonte se dibujaba una figura iluminada por una claridad siniestra, y que con frente altiva, con la mirada llena de odio y furor salía de entre la multitud asustada para pasar a la escena

de la historia.

Era el terrorista.

04 | EL TERRORISMO

I

Los años 1876 y 1877 fueron los más sombríos para los socialistas rusos. Costó inmensos y terribles sacrificios el movimiento propagandista. Una generación entera fue segada por el despotismo, presa de miedo y rabia. Las prisiones estaban atestadas de propagandistas y, como no bastaban las antiguas, hubo necesidad de construir otras nuevas. ¿Y el fruto de tantos sacrificios? ¡Ah, cuán mezquino era comparado con la magnitud del esfuerzo!

¿Qué podían hacer los contados obreros y campesinos amantes de las nuevas ideas? ¿Qué cabía esperar de las “colonias” esparcidas por el imperio?

El pasado era triste; el porvenir, incierto y tenebroso. Pero, a pesar de todo, persistía el movimiento. Las almas, encendidas en amor, buscaban otra vía al mismo objeto para llegar.

Pero era difícil encontrarla en aquella época. El trabajo, largo y difícil, ocasionó muchas víctimas, porque era como buscar la salida en un oscuro subterráneo lleno de trampas y precipicios, donde cada paso cuesta una vida y donde los gritos de los hermanos que caen son para los sobrevivientes la única indicación del camino.

El movimiento propagandista era una sublime prueba del poder del Verbo. Por una reacción natural se buscó el camino opuesto, el del hecho. “No hemos triunfado porque éramos unos parlanchines incapaces cualquier obra sería”.

Tal fue la acerba censura que a sí mismos se dirigían los sobrevivientes del gran movimiento, frente a la nueva generación revolucionaria que vino a ocupar el puesto de la precedente, y el grito de: “¡A la acción!”, fue más general que lo que había sido años antes de la aspiración de confundirse con el pueblo.

¿Pero cuáles eran las acciones que debían cumplirse?

Impulsados por su generoso deseo de sacrificios, los revolucionarios trataron, ante todo, de organizar una sublevación en el pueblo. Desde el 75 se constituyeron las primeras sociedades de los llamados Kuntari (rabiosos) de Kief, Odessa y Karkof, con el firme objeto de promover una sublevación inmediata. Pero las revoluciones y hasta los tumultos populares nacen espontáneamente y no se dejan cocinar como un pastel. Una sola tentativa, la de Stefanovitch, basada hábilmente en las agitaciones y las aspiraciones locales, logró éxito relativo. Las otras ni aún tuvieron esta fortuna, pues fueron descubiertas y deshechas antes de que se realizaran los propósitos de los conspiradores.

En las ciudades se manifestó la misma tendencia en otra forma: los revolucionarios realizaron sus primeras tentativas para luchar contra el ejército.

Los años 76-77 y los primeros meses del 78 se distinguieron por un período de manifestaciones más o

menos enérgicas, como los funerales de Chernischef y Padlewsky, la demostración de la plaza de Kazan, que tuvo un fin trágico, y al fin la de Odessa, el día de la condena de Kovalsky, con una verdadera batalla con muertos y heridos por ambas partes y algunos centenares de detenidos.

Era indudable que por este camino no se podía avanzar un solo paso. La desproporción ante las fuerzas materiales que están a disposición del partido revolucionario y las del gobierno, era demasiado grande para que esas demostraciones alcanzaran el éxito apetecido y diesen otro resultado que un voluntario sacrificio de la juventud de aras del Moloch imperial. “Una revolución o un motín importante a estilo parisiense es imposible entre nosotros”. Nuestras ciudades no constituyen más que el décimo de la población, y la mayor parte no son más que aldeas, distantes muchos centenares de kilómetros una de otra. Las verdaderas ciudades, es decir, las de diez o quince mil habitantes, no forman más que el cuatro o el cinco por ciento de toda la población, en junto, tres o cuatro millones. Y el gobierno que tiene a sus órdenes el contingente militar de todo el pueblo, es decir, un millón doscientos mil soldados, puede transformar las cinco o seis ciudades principales y más temibles en verdaderos campamentos militares.

Esta consideración debe tenerse en cuenta para comprender las causas de lo que sucedió después.

Se desistió de las manifestaciones en la calle y ya no se celebró ninguna a partir del año 1878.

Pero aquel período señaló un cambio notable en el tipo revolucionario, que dejó de ser lo que era cinco años

antes. No se había distinguido por ningún acto de audacia, pero, a fuerza de pensar siempre en lo mismo, a fuerza de concebir proyectos extraordinarios, modificó su temperamento y fue hombre. Por su parte, el gobierno hacía todo lo posible para excitar los ánimos y disponerlos a la rebeldía.

Bastaba la más leve sospecha para llevar a un hombre a la cárcel. Unas señas, una carta encontrada en poder de un amigo, una palabra oída a un muchacho de doce años que no sabía lo que decía, eran suficientes para arrojar al sospechoso a la cárcel, donde languidecía años y años sometido a todas las crueldades del sistema celular ruso. Para dar idea de esto bastará decir que durante la instrucción del proceso de los 193, que duró cuatro años, el número de suicidas, dementes y muertos se elevó a setenta y cinco.

Las sentencias del tribunal especial, que era sólo un dócil instrumento en manos del gobierno, revelaban una severidad increíble. Se imponían diez, doce o quince años de presidio por dos o tres discursos pronunciados ante corto número de obreros o por un libro leído o prestado. Aquello que se hace libremente en todos los países de Europa se castigaba entre nosotros como un homicidio.

Pero no satisfecho con estas atrocidades el gobierno, agravaba todavía, por medio de órdenes secretas, los padecimientos de los socialistas, hasta el punto de que en la prisión central de Karkof, llamada “Casa de los horrores”, se amotinaron varias veces los presos políticos, que deseaban ser equiparados a los detenidos por delitos comunes. ¡Tan mísera era su condición! Y de vez en cuando, por conductos que sólo sabe encontrar un preso, llegaba desde aquellos calabozos una carta escrita en un

pedazo de papel, en la que se señalaban las injurias infames, las inútiles crueldades que los carceleros realizaban para complacer a sus superiores. Estas cartas iban de mano en mano y las noticias pasaban de boca en boca, haciendo verter lágrimas de dolor y de rabia y suscitando en los ánimos más serenos pensamientos de sangre, de odio y de venganza.

II

Los primeros hechos de armas empezaron un año antes de que el terrorismo se erigiese en sistema. Fueron casos aislados, sin alcance político, pero que demostraban claramente que los esfuerzos del gobierno daban sus frutos y que la miel del socialismo se convertía poco a poco en hiel de odio. Nacidos de resentimientos personales, tuvieron por objeto a los enemigos inmediatos, los soplones, y en diversas partes de Rusia perecieron media docena de ellos.

Eventualmente, las cosas no podían parar aquí; si se perdía el tiempo matando a un vil espía, ¿cómo dejar vivir impunemente al gendarme que lo envía o al procurador que de las delaciones del soplón toma pretexto para encarcelar a inocentes? ¿Porqué perdonar al jefe de los gendarmes, que es el verdadero responsable de los crímenes cometidos? La lógica de la vida debía obligar a los revolucionarios a subir lentamente esa escala, y no cabía dudar que la subirían, porque se podrá negar a los rusos todas las cualidades que se quiera, menos la lógica. El hecho de no detenerse frente a las consecuencias prácticas del raciocinio, es una de las particularidades más notables del carácter ruso.

De improviso surgió un acontecimiento de extraordinaria importancia que dio al movimiento más gallardo impulso, y lo que habría tardado muchos años en ocurrir sucedió en un solo día.

El 24 de Enero de 1878, Vera Zassulich disparó un tiro contra el general Trepof. Dos meses después fue absuelta por el jurado.

No explicaré el hecho, ni daré minuciosa cuenta de lo ocurrido durante el proceso. Todo el mundo está enterado de tales sucesos y aún ahora, cuando han transcurrido más de cuatro años, todos recuerdan el sentimiento de admiración que invadió los corazones sin diferencia de partidos o clases. Es fácil imaginar lo que debió pasar en Rusia.

Vera Zassulich no era terrorista, sino más bien el ángel de la venganza. Era una víctima que se ofrecía voluntariamente al sacrificio para lavar de una ofensa el honor del partido. Y, no obstante, es indudable que, si todos los que se han distinguido por su crueldad debiesen temer a una Zassulich, podrían dormir tranquilos.

De todas maneras, aquel suceso dio poderoso impulso al terrorismo, iluminándolo con una aureola divina y dándole la sanción del sacrificio y la de la opinión pública.

La absolución de Vera Zassulich equivalía a un fallo contra todo el sistema arbitrario y a levantar la mano vengadora contra los estribos. Y la prensa y el público estuvieron unánimes en confirmar la sentencia de los jurados.

¿Y cómo acogió el gobierno los votos de la nación? El

emperador Alejandro II fue personalmente a visitar a Trepof, cubierto de ignominia, y mandó buscar por toda la ciudad a Vera para que la llevaran nuevamente a la cárcel.

No se podía demostrar más ostensiblemente el desprecio a la justicia y al sentimiento público, y el descontento creció, porque al resquemor de la ofensa se añadía aún el dolor del desengaño.

Debiera detenerme aquí para analizar el movimiento puramente liberal que germinaba en las clases cultas y privilegiadas del imperio, desde el entronizamiento de Alejandro. No pudiéndolo hacer ni aún brevemente, diré tan sólo que lo que imprimió mayor actividad fue la guerra contra Turquía, así por haber evidenciado, igual que la guerra de Crimea, todas las vergonzosas llagas de nuestro sistema social, como por las esperanzas que hizo concebir respecto a la reorganización del Estado, especialmente después de la constitución que Alejandro II concedió a Bulgaria. El regreso del emperador a su capital coincidió con la absolución de Vera Zassulich.

Los liberales se llamaron a engaño. Y entonces fue cuando, desesperados, se dirigieron al único partido que luchaba contra el despotismo: el partido socialista. Las primeras tentativas de unión de ambos bandos datan del año 1878.

III

Por su parte, el gobierno parecía obstinado en exasperar no sólo a los liberales, sino también a los revolucionarios. Obedeciendo a viles propósitos de venganza, redobló su crueldad contra los socialistas que tenía en su poder. El emperador llegó al extremo de anular un decreto del senado que, como medida

general, absolvía a la mayor parte de los complicados en el proceso del los 193. ¿Qué gobierno era aquel que, descaradamente, se dirigía contra todas las leyes del país y que no quería apoyarse ni en la nación ni en una clase determinada, ni en una ley que era obra suya? ¿Qué representaba más que la fuerza bruta?

Todo era lícito contra semejante gobierno. No representaba las aspiraciones de la nación y ni siquiera de la mayoría; era una oligarquía orgullosa y fuerte. Por eso los ciudadanos no debían respetarla, como no se tolera a unos malandrines que, prevaliéndose de su fuerza, tratan de robar a pacífico viandante.

¿Pero cómo librarse de una pandilla atrincherada detrás de un bosque de bayonetas? ¿Y cómo librar de ella a la patria?

Como era absolutamente imposible derribar por la fuerza aquel muro, como se había hecho en países más afortunados que el nuestro, era preciso atacar de flanco para lanzarse sobre la pandilla sin que ésta pudiera valerse de la fuerza desde su posición inexpugnable.

Así nació el terrorismo. Concebido en el odio, robustecido por el amor a la patria y a la esperanza, creció en una atmósfera eléctrica impregnada de entusiasmo despertado por un acto heroico.

El 16 de Agosto de 1878, es decir, cinco meses después de la absolución de Vera Zassulich, el terrorismo lanzó audazmente su guante a la faz del autócrata, matando al jefe de gendarmería y de todos los pícaros, general Mesentzef.

Desde aquel día avanzó a pasos de gigante , conquistando fuerza y terreno para terminar en una lucha implacable contra el hombre que personificaba el despotismo.

No contaré sus proezas, que están grabadas con caracteres de fuego en los fastos de la historia.

Tres veces lucharon cuerpo a cuerpo los adversarios, y tres veces, por querer de los hados, quedó vencido el terrorista. Pero después de la derrota se alzaba más amenazador y potente que antes de empezar la lucha. A la tentativa de Solovief sucedió la de Hartman, seguida de la espantosa explosión del palacio de Invierno, que parecía sobrepasar todo lo que la imaginación tiene de más diabólico. Pero fue mayor la del 13 de marzo. Nuevamente los adversarios vinieron a las manos, y esta vez el omnipotente emperador cayó sin vida.

El terrorista ha vencido a costa de grandes sacrificios. En medio de un pueblo arrodillado, él sólo levanta la cabeza, herida por el rayo, pero jamás humillada.

Es bello, irresistiblemente fascinador, porque reúne las dos grandes cualidades de la grandeza humana; el heroísmo y el martirio.

Y es un mártir, porque desde el día en que se juró a sí mismo dar la libertad al pueblo y a la patria, sabe que está consagrado a la muerte. La arrostra a cada paso en su aventurera vida. Va a buscarla impávido, cuando es preciso, y sabe morir sin miedo, no ya como un antiguo cristiano, sino como un guerrero acostumbrado a contemplar la muerte cara a cara.

No tiene nada de religioso en su temperamento. Es

un luchador todo músculos y sangre que no se parece en nada al idealista soñador del siglo precedente. Es un hombre maduro, y con los años ha sentido desvanecerse los sueños irrealizables de su juventud. Profesa ideas francamente socialistas, pero comprende que para una revolución se requiere un largo trabajo preparatorio que no puede hacerse antes de conquistar la libertad política. Por eso, humilde y resuelto, se decide a concretar un programa, sin perjuicio de ampliarlo más tarde. Actualmente no pretende más que abatir el aborrecido despotismo y dar a su patria todo lo que poseen los pueblos cristianos: la libertad política, a fin de que pueda encaminarse a su redención con seguro paso. La fuerza de ánimo, la energía indómita y el espíritu de sacrificio que ponía en sus ensueños el antiguo propagandista, los despliega el revolucionario en la grandeza de su misión y en las ardientes pasiones que la alientan para la lucha vertiginosa, inaudita y embriagadora.

¡Que espectáculo! ¿Cuándo se había visto cosa igual...? Solo, oscuro, pobre, se erige en defensor de la humanidad ultrajada y del derecho hollado, ha desafiado las iras del imperio más poderoso del mundo, y durante muchos años ha tenido en jaque sus grandes fuerzas.

Soberbio como Satanás, rebelde a su amo; ha opuesto su voluntad a la del hombre que, en medio de una nación de esclavos, se atribuía el derecho de “querer”. ¡Pero cuán diferente es ese amo del viejo Jehová mosaico! ¡Cómo se retuerce bajo los atrevidos golpes del terrorista! ¡Cómo se esconde, cómo tiembla! Es verdad que está aún en pie, y el rayo lanzado por mano trémula a menudo; pero cuando toca, mata. Pero él es inmortal. Caen sus miembros, que maravillosamente se renuevan por sí mismos, y él

permanece erguido, preparado para otras batallas y siempre dispuesto a lograr la libertad de su patria. Y he aquí que le ve vacilar, perder la cabeza y adoptar insensatas resoluciones que no harán más que acelerar su caída.

Esta lucha apasionada, esta misión grandiosa y esta certidumbre de la próxima victoria le dan aquel entusiasmo frío y calculado, aquella energía sobrehumana que asombra al mundo. Si la naturaleza le ha dado un carácter capaz de ardimiento generoso, será un héroe; si su temple es fuerte, este temple será de hierro, y si ya es de hierro, se tornará de diamante.

Tiene una energía sin límites. No es todo abnegación como su predecesor. No tiene, ni busca aquel perfume de belleza moral que hacía del propagandista un ser extraordinario, y su mirada no indica éxtasis, sino que está siempre fija en el enemigo odiado. Es el tipo de la fuerza individual, resistente a cualquier yugo.

Combate no sólo por el pueblo a fin de hacerle árbitro de sus destinos, no sólo por toda la nación que perece, sino también por cuenta propia: por sus amigos de su corazón, por sus compañeros que gimen en las celdas de la prisión central y que imploran su ayuda. Lucha también por sí mismo. Ha jurado ser libre y lo será a toda costa. No inclina su cabeza ante ningún ídolo. Ha consagrado su brazo poderoso a la causa del pueblo. Pero ya no le deifica. Y si el pueblo, mal aconsejado, le dice: “¡Sé esclavo!”, le gritará: “No”, y seguirá adelante desafiando su furor y sus imprecaciones, seguro de que se hará justicia a sus manes.

Tal es el terrorista.

01 | LA IMPRENTA CLANDESTINA

BOCETOS REVOLUCIONARIOS DE LA RUSIA SUBTERRÁNEA

Fundar una tipografía clandestina, dar al pensamiento libre que lucha contra el despotismo esta poderosa arma, había sido siempre el deseo ardiente, imperioso, de todas las organizaciones apenas se sintieron en estado de emprender algo.

Ya en el año 1860, cuando surgieron las primeras sociedades secretas que tienen por objeto la revolución agraria, como la sociedad llamada *Tierra y Libertad*, y la Joven Rusia, vemos las primeras tentativas rudimentarias de fundar algo como una imprenta en embrión, que sólo duraron pocas semanas.

Era evidente que hasta entonces la imprenta libre que funcionaba en el extranjero, no bastaba ya a las necesidades del partido militante, por más que tuviera a su cabeza un escritor como Herzen.

En los últimos diez o quince años, cuando el movimiento adquirió una fuerza y una amplitud hasta entonces desconocidas, la insuficiencia de las prensas libres que funcionaban en Suiza y en Londres, se hizo más manifiesta, y la necesidad de la prensa local, pronta a responder a las cuestiones del momento, cada vez más apremiante.

Por eso todas las organizaciones que se vinieron sucediendo y perdiéndose una tras otra en las prisiones, fortalezas y minas de Siberia, intentaron fundar su

imprensa en la misma Rusia.

Pero diríase que pesaba una maldición sobre las empresas de éste género>; todas resultaban efímeras, condicionales, y solo duraban un breve tiempo. Apenas fundadas, se descubrían infaliblemente.

El Círculo de los Karakosovzi tuvo su tipografía, pero no duró más que algunos meses. El Círculo de Nichiaevzi tuvo también la suya, pero debió enterrarla durante mucho tiempo, hasta que fue descubierta, junto con la organización. Los Dolguschinzi tuvieron la suya, que fue descubierta apenas impresas dos proclamas. El Círculo de los Chiackovzi hizo análogas tentativas para fundar una, y tenía ya a punto los caracteres y una máquina excelente, cuando, por falta de lugar donde emplazarla, máquina y caracteres anduvieron durante cinco años consecutivos escondidos en cualquier rincón, sin que lograra hacer uso de ellos la organización.

De modo que la dificultad de hacer funcionar una tipografía en un país donde todo es vigilado, parecía insuperable. Se pueden esconder libros, papeles, hombres, pero ¿cómo ocultar una cosa que se traiciona por su misma naturaleza, una imprenta, que además del trabajo complicado y a menudo ruidoso, exige mucha gente junta y hace un uso continuo de papel en una cantidad grandísima, que devuelve luego impreso?

Después de las innumerables tentativas realizadas y fallidas, la fundación de una imprenta clandestina fue universalmente reconocida, no ya como difícil, sino como imposible; no era más que un sueño vano, un derroche de dinero y un sacrificio de hombres inútil e insensato.

Los hombres serios no hablaron ni quisieron ya oír hablar de ello.

Pero hubo un soñador, que no quiso asentir a la opinión universalmente admitida, el cual sostenía contra los demás que podía fundarse una tipografía clandestina en el mismo San Petersburgo, y que él sería el fundador si se le daban al efecto, los medios necesarios.

Este soñador se llamaba Aaron Zundelewich, nacido en Vilna, Lituania, hijo de un modesto tendero hebreo.

En la organización de la que formaba parte, la que llevaba la divisa siempre vieja y siempre nueva: “Tierra y Libertad”, rieron al principio las fantasmagorías de Zundelewich. Pero consiguió vencer cuantas dificultades le ofrecieron, hasta que le asignaron diez mil liras con las cuales marchó al extranjero, transportó a San Petersburgo todo lo necesario, y habiéndose amaestrado en el oficio de cajista, lo enseñó a otras cuatro personas, con quien, en 1877, pudo funcionar regularmente e imprimir obras de grandes vuelos, la “tipografía libre” en San Petersburgo, la primera que mereciera este nombre.

Los principios sobre los cuales basó su imprenta, fueron tan bien encontrados y combinados, que durante cuatro años consecutivos no pudieron descubrirla las más rabiosas investigaciones de la policía, hasta que vinieron en ayuda de ésta, una traición y una simple casualidad.

Pero se había roto el hielo. Destruida una tipografía, se fundaron otras, y otras según los mismos principios, que duraron y funcionaron sin interrupción.

Y de cuando en cuando, de subterráneos ignotos, en medio del murmullo de tantos hipócritas y aduladores, sale una voz poderosa que acalla su habladuría servil, y retumbando desde el mar Glacial al mar Negro, hace estremecer al despotismo bajo su púrpura ensangrentada, porque demuestra que no existe poder más grande que el suyo, el poder del librepensamiento, que tiene por albergue el corazón generoso y por instrumento el brazo desinteresado.

Aquel librepensamiento llamó en su ayuda el hierro y el fuego, y haciendo de ellos armas tremendas, trabó una batalla encarnizada que sólo acabará con la destrucción del despotismo. Y en esta batalla, su estandarte glorioso, en torno del cual era más terrible la lucha y hacia el cual se volvían las miradas de los combatientes, fue la imprenta clandestina. Mientras tremolara esta bandera, hasta tanto los esfuerzos de los enemigos no lograron arrebatársela de las manos de sus defensores, no había que desesperar de la suerte del partido y de la organización, aún a pesar de las más terribles derrotas de los parciales.

¿Cómo se explica, pues, el hecho maravilloso de la existencia, a las barbas de la policía en un país como Rusia, de una tipografía clandestina permanente?

Este hecho, que da, a mi entender, una idea más grande de las fuerzas del partido que no darían muchas estrepitosas empresas, se explica de la manera más sencilla: es el resultado de la devoción de quienes trabajan en la imprenta y de la exactitud con que cumplen las más insignificantes precauciones para conservarla.

Nadie la visitaba; nadie, entre los que a ello estaban obligados, sabía dónde estuviese o como fuese. Para dar

una idea de la reserva sobre este punto, basta decir que no ya los miembros de la organización que sostenía la tipografía, más ni siquiera los directores y colaboradores del periódico que se imprimía, sabían dónde estaba. Ordinariamente sólo había en la dirección un iniciado en el secreto del representante de la imprenta y a él correspondía mantener todas las comunicaciones.

Por mi parte sólo estuve una vez, y he aquí por qué: era uno de los directores de Tierra y Libertad, periódico del partido antes de que se dividiera en dos fracciones.

Las comunicaciones se hacía en punto neutrales, que se escogían siempre entre los más seguros. Entregaba los originales, recibía las pruebas y fijaba el lugar y el tiempo preciso para las reuniones sucesivas. En caso de alguna necesidad imprevista, o si el hilo de las comunicaciones se interrumpía, enviaba una tarjeta postal, para fijar de un modo convencional un nuevo encuentro.

Una sola vez fui, como he dicho. Era precisamente el 30 de Noviembre, día que debía salir el primer número del periódico. La misma mañana vino a verme un amigo nuestro, me relató como habiendo ido a casa de Trosciansky. Donde la policía estaba escondida, a poco si en cae en sus manos; pero consiguió huir gracias a su destreza y a la buena idea que tuvo de gritar también: “¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Detenedlo!, mientras la policía le perseguía.

Me urgía insertar aquella noticia en el número que estaba por salir, siquiera para burlarnos de Zurof, el jefe de la policía, el cual andaba diciendo que nuestra imprenta no podía estar en modo alguno en la capital, porque la habría descubierto infaliblemente.

Aproveché, pues, aquella ocasión para visitar la imprenta, lo cual me interesaba mucho, tanto más cuanto había sido invitado con insistencia por los tipógrafos para que les hiciera una visita.

La imprenta estaba establecida en una de las calles centrales de la ciudad.

Después de precauciones infinitas llegué a la puerta, llamé en forma convenida. Abrió María Krilof. Entré respetuosamente, cual el creyente entra en una iglesia. Las personas destinadas a la imprenta, eran cuatro: dos mujeres y dos hombres.

María Krilof, que hacía las veces de dueña de la casa, era una mujer que tendría sobre cuarenta y cinco años. Pasaba por uno de los miembros más antiguos y más beneméritos de nuestro partido; había estado ya complicada en las conspiraciones de los Karakosowzi. Encarcelada y condenada a destierro en una de las provincias septentrionales, consiguió huir y comenzó a hacer vida “ilegal”. Trabajó siempre infatigablemente por nuestra causa de distintas maneras, hasta que fue destinada al puesto que ocupaba, como soldado arma al abrazo, en la imprenta Perediél, en el año 1880. Durante diez y seis años consecutivos permaneció en las filas de los conspiradores, sin intentar jamás otra cosa que provecho para la causa, y ocupando los puestos más modestos y peligrosos.

Trabajó en la imprenta desde su fundación, y muy enferma y medio ciega por miopía progresiva, continuó siempre laborando, con tanto celo y despreocupación por su persona que, a pesar de su enfermedad valía en la

composición tanto como uno de los mejores operarios.

Basilio Buch, hijo de un general y sobrino de un senador, pasaba por inquilino de la señora Krilof. Tenía un pasaporte de empleado en no se qué ministerio, y por eso salía todos los días a una hora fija, llevando en su cartera de empleado los ejemplares del periódico. Era un hombre de veintiséis o veintisiete años, pálido, aristocráticamente elegante y talmente taciturno, que no abría la boca durante días. Servía de anillo de comunicación entre la imprenta y el mundo exterior.

El tercer cajista no legó su nombre a la posteridad. Figuraba en las filas hacia ya tres años y era amado y estimado por todos; pero habiendo muerto el que lo presentó a la organización, nadie supo jamás su nombre. Era conocido por el apodo de Ptiza, pájaro, que le dieron por su voz, nunca fue llamada de otra manera. Se suicidó cuando, después de cuatro horas de resistencia desesperada, la tipografía de la Narodnaia Volia debió rendirse a la soldadesca lanzada al asalto.

Vivió anónimo y anónimo bajó a la tumba. Su suerte era de las más duras, porque para mayor precaución vivían sin estar anotado en el padrón municipal, sabiendo que era siempre un peligro el pasaporte presentado a la policía. Por eso debía vivir escondido y pasar meses enteros sin salir de casa para que no le viera el *dvornik*.

En general, casi todos los que trabajan en las imprentas rompen sus relaciones con el mundo exterior y llevan una vida claustral. Pero el pobre Ptiza, debía extremar esta reserva hasta una reclusión casi absoluta, siempre encerrado en su triste jaula, siempre revuelto entre caracteres tipográficos.

Era un joven de veintidós o veintitrés años, alto, delgado, de faz seca, rodeada de largos cabellos de negro corvino, que hacían resaltar aún más su palidez cadavérica, efecto de la privación continua de aire fresco y de luz, como también del continuo manejar el plomo en aquella atmósfera impregnada de exhalaciones venenosas. Tan sólo los ojos eran vivos; grandísimos y negros como los de la gacela, lucientes, llenos de una bondad y una tristeza inexplicable. Estaba tísico y lo sabía, pero no quería abandonar su puesto, porque era muy diestro en el trabajo y nadie podía sustituirle.

La cuarta persona era una joven que hacía las veces de camarera de la señora Krilof. Jamás supe su nombre. Era una muchacha de dieciocho años o diecinueve años, rubia, con ojos azules, sutil y graciosa, que me hubiese parecido bellísima si no fuese por aquella expresión de continúa tensión nerviosa que pintaba en su semblante pálido, que producía una impresión dolorisísima. Era un reflejo viviente de aquellos continuos esfuerzos que debía costar aquella vida, prolongada por meses y meses en aquel lugar terrible, expuesto a las pesquisas rabiosas de tanto millares de polizontes.

Después de los primeros saludos, expliqué el motivo de mi visita, o sea, el deseo de insertar en el periódico la picante escena de la mañana, de que hablado más arriba, que fue acogida con gran alegría. Pero como el periódico estaba compuesto, se debía de quitar algo para poner el *entrefilet*, que sólo era una cuestión de pocas líneas, rehusé a la inserción.

Visité las habitaciones interiores donde se hacía el trabajo, el mecanismo era sencillísimos. Algunas cajas con caracteres diversos, un pequeño rodillo recién fundido con una especie de pasta gelatinosa, muy semejante a la cola de los carpinteros, y algo dulce al gusto; un gran cilindro pesado cubierto de paño que hacías las veces de prensa; algunas escobillas y esponjas ennegrecidas en una cazuela, y dos vasijas con tinta tipográfica. Todo estaba dispuesto para poder ser escondido en un cuarto de hora en un armario grandísimo situado en un rincón de la estancia.

Me explicaron el mecanismo del trabajo, como también algunos subterfugios que servían para alejar la menor sospecha del dvornik, el cual venía diariamente a traer el agua, la seña, ... El sistema adoptado no era el de privar la entrada, sino todo lo contrario, precisamente el de hacerle ver con distintos pretextos, con la mayor frecuencia posible, las habitaciones interiores, quitando antes de ellas todo lo sospechoso. Y cuando los pretextos faltaban, eran inventados; así, por ejemplo, no pudiendo encontrar medio adecuado para hacerle visitar la última de las habitaciones, la señora de Krilof, díjole cierto día que había en ella un topo, que era preciso matarlo.

Fuese así a la habitación el dvornik, efectivamente, no halló nada; pero la cosa estaba hecha; había visto todo el departamento, pudiendo dar fe de que en él no había nada anormal. Una vez al mes venían los barrenderos a limpiar el suelo de todo el local.

Una profunda tristeza me asaltó en presencia de aquella gente. Comparaba, sin quererlo, su vida terrible con la mía, tuve vergüenza de mí mismo. ¿Qué significa nuestra actividad a la luz del día en medio de la multitud agitada de los amigos, del ruido de la lucha, en parangón con

aquel sacrificio continuo de la existencia, consumida en aquel verdadero subterráneo?

Salí. Bajé lentamente la escalera, anduve por las calles, preso de los más encontrados sentimientos. Pensaba en lo que había visto, pensaba en la lucha por la cual daban aquellos su vida en holocausto. Pensaba en el partido.

Una idea me asaltó de improviso. ¿No son esos, pensé, los verdaderos representantes de nuestro partido? ¿No es éste el cuadro viviente que resumen en sí el carácter de toda nuestra lucha? Y un sentimiento de entusiasmo me inflamó el corazón. Somos invencibles, pensé, hasta que no se agote la fuente de donde proviene tanto heroísmo anónimo, que es el más grande todos; somos invencibles mientras el partido cuente con tales personas.

02 | EL ATENTADO DE MOSCÚ

I

UNA COMPAÑÍA DE EREMITAS

En los confines de la vieja capital de Rusia, allí donde esta ciudad medio asiática, inmensa como la antigua Babilonia y Nínive, es vencida por los espacios, y disminuyendo cada vez más el número de sus habitaciones se confunde con las ortigas, con los campos, inmensas llanuras incultas que la circundan por todas partes, como el mar una isleta, en aquellos mismos confines álzase una casucha de un solo piso y planta baja, vieja, ennegrecida por el tiempo, medio arruinada.

Pero aunque en una capital, aquella casuca no desentona en aquel barrio, pues todas las otras casas que están a su

alrededor tienen el mismo aspecto mezquino y tosco; todo aquel rincón de la inmensa ciudad se asemeja más a un villorrio perdido en las llanuras de Rusia, que a una porción de una de las más grandes capitales de Europa. La hierba crece en estío en los caminos en una extensión tal, que un regimiento de caballería podría maniobrar libremente; y en el otoño lluvioso presentan aquellos caminos charcos y lagunas donde se zambullen los gansos y las ocas.

Ningún movimiento. De cuando en cuando, pasa un viandante, y, si no pertenece al barrio, es mirado largo rato y desconfiadamente por los muchachos. Si por acaso aparece un coche por alguna parte, todas las puertecitas verdes, rojas y azules se abren precipitadamente y atisban desde ellas las muchachas y las mujeres curiosas por ver un espectáculo tan extraordinario.

Todos los habitantes de aquel barrio pacífico se conocen, porque en él han nacido, crecido y envejecido. Son gente sencilla, patriarcal, que parece completamente extraña á toda la civilización moderna. Viven poco menos que como sus padres de hace dos o tres siglos. Casi todos pertenecen a las antiguas sectas religiosas que se formaron en el siglo XVIII, cuando el patriarca Nikon, hombre sabio, pero despótico e implacable, quiso corregir los antiguos libros de sus diversos errores de ortografía. No queriendo reconocer las correcciones de Nikon, que éste se desvivía porque aceptasen por fuerza los celosos del rito antiguo, las sectas renegaron de todas las ordenanzas del Estado, que ayudaba con mano firme 'al feroz patriarca, especialmente después de las reformas de Pedro el Grande, hechas según los ejemplos de los descreídos "alemanes". Las sectas rehusaron el vestido europeo que el zar reformador quería imponerles por violencia.

Perseguidas despiadadamente durante dos siglos, esas sectas se propagaban, no obstante, por toda Rusia, entre el pueblo humilde, y en la actualidad contaban al menos con diez millones de adheridos. Su sede principal es la vieja capital abandonada por los emperadores, como la antigua religión. El barrio de Preobragens- koye y el de Rogoskoe, que describimos—los cuales tomaron su nombre de dos cementerios donde están sepultados tantos mártires de esas sectas,—son sus verdaderas capitales, en las que residen clandestinamente sus sacerdotes, sus obispos y se celebran secretamente sus concilios ecuménicos.

Es verdad que la corrupción del siglo comienza a invadir hasta esos últimos refugios de la antigua fe, y cuando en los días de fiesta la población sale de sus casas para sentarse, según costumbre oriental, junto a ellas charlando con los vecinos, no es raro ver un muchacho alegre, que trabaja en cualquier fábrica de la ciudad, tocar la «armónica», en lugar de la antigua guitarra, y llevar un jubón de relucientes botones en lugar de la antigua chupa, y botas con tacones—lo cual es una abominación alemana ;--se cuenta también que algunos de ellos fuman a escondidas tabaco, lo cual es realmente nefando. porque hace parecer al hombre un diablo en persona, que en los relatos de la vicia de los santos es siempre representado con humo hediondo que sale de su boca.

Los viejos mueven tristemente la cabeza y dicen que se acerca el fin del inundo, porque se apaga la antigua devoción.

Los dueños de la casa, que hemos indicado más arriba, no pertenecen a los aborígenes de aquel barrio patriarcal. Son gente recién venida a establecerse. Ello no obstante, no son mal mirados por el vecindario, por- que son buena

gente, sencilla, temerosa de Dios. Es una familia, marido y mujer, que esperan a cada momento la llegada de sus viejos padres.

La mujer, aunque parezca muy joven, es una casera excelente, siempre dada a los quehaceres domésticos. El marido—un artesano de Saratoff—tendrá unos treinta y dos o treinta y tres años, pero es muy serio para su edad. Es evidentemente un sectario. No fuma tabaco, y no se afeita la barba, cosa considerada como un pecado gravísimo, porque quita al hombre la semejanza con Dios, a cuya semejanza, como es sabido, fue creado. Cierto que el recién venido lleva botas con tacones y jubón, pero lo hace «por temor de los judíos», porque pertenece a otra secta que admite estas cosas, y en tal caso ya no hay por qué reprocharle, ya que las diversas sectas tienen unas para con otras perfecta tolerancia.

Hay un indicio importante que contribuye a cambiar la amistosa sospecha en certeza. Los habitantes eran dos, pero no hay duda de que en la casa habitaban muchos; las provisiones que compraban eran tales, que por grande que fuera su apetito no podían consumirlas por sí solos. Y después, algunas viejas habían oído en sus noches de insomnio el chirrido de la puerta y el rumor de coches que evidentemente conducían gente desde muy lejos. ¿Quién podían ser, sino hermanos? se decían con confianza los ancianos. Nadie, ciertamente, iría a soplar una palabra al enemigo común—el polizonte,—que está en el extremo del camino. Ni por ensoñación.

Y esta pía gente no se engañaba. La casa, en efecto, era habitada por toda una compañía de eremitas... de profesión mineros. Los coches que venían de noche, traían la dinamita y los instrumentos necesarios para la explosión.

Era la excavación de Moscú.

II

LA EXCAVACIÓN DE MOSCÚ

La excavación de la mina de Moscú para hacer saltar el tren imperial, principiada hacia la mitad de septiembre y terminada dos meses después, fue una parte del vastísimo proyecto de un triple atentado del mismo género que debía realizarse durante el viaje del emperador desde Crimea a San Petersburgo, sin hablar de otros tres que se refieren casi a la misma época.

Las minas debajo de la línea férrea se hicieron en tres puntos distintos: cerca de Moscú, cerca de Alexandrowsk y cerca de Odessa. Así se creía que el golpe no podría fallar de ningún modo.

Pero, por diversas circunstancias, ocurrió lo siguiente: los trabajos en el ferrocarril de Odessa, junto con los de la Italianskaia, recientemente descubiertos, para hacer saltar el coche imperial mientras pasara por el camino de la ciudad, debieron ser abandonados por cambio del itinerario del emperador. En el de Alexandroivsk, organizado por Geliabof y Okladsky, la mina no explotó por algunos defectos de la cápsula, por más que la batería se cerrara en un momento oportunísimo; de modo que el tren imperial pasó ileso sobre un precipicio, a cuyo fondo hubiera caído inevitablemente a la menor sacúdida. De la misma manera fallaron las otras dos tentativas precedentes: la de hacer saltar el puente de piedra en San Petersburgo, organizada por el mismo Geliabof y por Tetiorka, a causa de no acudir este último con puntualidad, y el de hacer saltar el yate imperial cerca de Nicolaief,

organizada por Logodenko, único atentado descubierto por la policía, que por mera casualidad hizo una visita domiciliaria precisamente en la habitación donde se habían dispuesto los hilos eléctricos.

Sólo en Moscú los terroristas tuvieron la fortuna de llevar a efecto una tentativa, aunque allí precisamente la cosa pareciese más difícil y las probabilidades de éxito mucho menores, sobre todo por el trabajo ciclópeo que exigía muchos hombres, que era difícil tener escondidos, y por la proximidad de la capital, donde la vigilancia era tan grande.

No quiero contar lo que ya se sabe por los periódicos de aquel tiempo. Me propongo únicamente revelar dos circunstancias, tales como me fueron relatadas por un amigo mío que tomó parte en el hecho, y de cuya veracidad respondo en absoluto.

La primera se refiere a la organización, la segunda a la ejecución del proyecto. Ambas son muy características, no sólo de aquella tentativa, sí que también de todas las empresas de los terroristas: es la sencillez llevada al último límite y en contradicción flagrante con todas las ideas preconcebidas acerca del nihilismo, de sus medios y de las formas de ejecución que les atribuyen.

Se cree generalmente que los nihilistas tienen á su disposición medios extraordinarios. Es un error grandísimo, y el atentado de Moscú es la mejor prueba. Los gastos de la lucha son tan inmensos que los nihilistas corren siempre como hambrientos tras un billete de cien rublos. Por eso se ven obligados a realizar sus proyectos con la mayor economía, aun a riesgo de sus propias cabezas.

Merced a ello, los enormes trabajos de la mina de Moscú y de otros dos atentados ferroviarios, organizados en el mismo noviembre, costaron en total la mezquina suma de 80 a 100,000 liras, comprendidos los viajes. Las otras empresas de inferiores vuelos costaron aun menos. La tentativa para libertar a uno de los condenados en el proceso de los 193, mientras lo trasladaban desde San Petersburgo a la prisión central de Karkof, organizada en larga escala, y en la que era necesario comprar cinco caballos, un coche, muchas armas y pagar los gastos de un numerosísimo personal de centinelas, colocados en San Petersburgo, Moscou, Kursk y Karkof, para vigilar todos los movimientos de los gendarmes, aquella: tentativa no costó más, según las minuciosas cuentas presentadas por los encargados de la organización, que la suma de 4,500 rublos, más alguna fracción, es decir, unas 5,000 pesetas.

Gastando tan poco los terroristas, vence a menudo obligados a remendar con la propia piel las hendiduras que, por demasiada economía de madera, se abren en su edificio. Así en el atentado de Moscú debió recurrirse, por falta de dinero, a un empréstito con la hipoteca de la misma casa donde se hacían las excavaciones. Se debía pensar, además, en una visita de peritaje hecha siempre en presencia de la policía, cuando los trabajos de excavación estaban ya casi terminados. No hay necesidad de insistir en los peligros de semejante visita. Los mismos trabajos se hacían con los menores gastos posibles.

El instrumento para perforar no fue adquirido hasta los últimos tiempos, cuando por demasiado trabajo los mineros vieron absolutamente agotadas sus fuerzas. Primero se realizaba el trabajo a mano. Y como por la humedad del tiempo la galería estaba siempre llena de

agua, que trasudaba de lo alto y se reunía en el fondo, debían los mineros trabajar bañados en agua helada, sumergidos hasta la rodilla y tenderse en el cieno, pues no tenían vestiduras impermeables como la de los buzos, que les hubieran preservado de tantos sufrimientos en aquella cueva dantesca.

Para conservar la verdadera dirección de la galería, se usaban medios e instrumentos que habría rehusado, desdeñosamente un geodesta. Ni siquiera se compró un astrolabio, ni siquiera una brújula con cuadrante, y sí tan sólo una muy sencilla de viaje, de las que únicamente se usan para levantar planos militares. Por medio de aquella brújula fueron encontrados con más o menos precisión los puntos cardinales, y para referirlos al interior de la galería usáronse troritos de hierro atados con largos bramantes a los travesaños.

A pesar de todo ello, cuando después de la explosión fue visitada la mina por los ingenieros, éstos encontraron que estaba perfectamente hecha. La diligencia suplía los defectos de los instrumentos de trabajo, y el buen humor sostenía las fuerzas.

Sería grave error imaginarse aquella terrible conspiración con los atributos tradicionales de los conspiradores de teatro. Todas las reuniones de los nihilistas se distinguen por su sencillez y por la falta absoluta de aquella pompa u ostentación que rehuye severamente el carácter ruso, enemigo de lo cómico. En los asuntos más graves, en los que ha de arriesgarse o perderse indudablemente la cabeza o las cabezas, todo se combina por nosotros en cuatro palabras. Ningún desfogue de arte oratorio. Ninguna arenga apasionada, porque no suscitaría más que sonrisas, como cosa perfectamente fuera de propósito. El público no

asiste a las discusiones. Todo se arregla entre gente que se conoce a fondo y que comprende perfectamente lo que es y lo que no es.

Por qué hacer gala de lo que se sobrentiende a se supone? Muy raramente vibra sin pensar una frase o una palabra en tono más profundo, o un relámpago de entusiasmo fulgura en una mirada. Si uno que no entendiera nuestra lengua asistiera a una reunión de terroristas donde se decidiera la cosa más tremenda, la tomaría por una tertulia de gente pacífica que habla tranquila y sencillamente de un asunto sin importancia.

Esto lo digo para norma de los bonachones novelistas que han tenido la cortesía de representar tipos de la vida nihilista, porque todos hacen de ellos héroes de melodrama, que, por lo que á nosotros se refiere, en lugar de excitar el entusiasmo, como se les atribuye, hubieran producido precisamente efecto contrario, porque habrían, sin duda, hecho sospechar de la resolución del hablador demasiado fecundo; ya es sabido, que el perro que ladra no muerde. La excavación de Moscú puede servir de excelente prueba de lo que digo. En cuanto al peligro que amagaba a cuantos se encontraban en la casa fatal, no podía ser ni exagerado ni desconocido. Según las leyes rusas, cuando se trata de un atentado contra la vida del emperador, todos los cómplices, sin ninguna distinción, incluso los encubridores, son castigados con la muerte. Y esta muerte revoloteaba a cada momento, día y noche, sobre las cabezas de los mineros, que de cuando en cuando sentían el aura fría de sus negras alas, cual si se aprestara para arrebatarnos.

Algunos días antes del paso del emperador, la policía visitó aquella casa con fútil pretexto. Los trabajadores

fueron avisados inmediatamente, y la policía no vio más que a los dueños legítimos de la casa, quienes lo dispusieron todo de manera que no suscitara la menor sospecha. La más leve turbación del semblante, el más ínfimo temblor de la voz, podían comprometer y provocar un minucioso registro que lo habría descubierto todo.

Otras veces era de temer las sospechas nacidas en las mentes de los curiosos vecinos (como puede leerse en el relato del proceso de los diez y seis), y que tan bien sabía alejar Sofía Perovskaia.

Para demostrar que los mineros no se ilusionaban acerca de la suerte que les esperaba, basta recordar el hecho de la botella de nitroglicerina dispuesta en el interior de la habitación.

No obstante todo ello, el buen humor inalterable reinaba en la compañía durante todo el tiempo del trabajo. En la comida, reunidos todos, se discurría, se bromeaba, como si tal cosa, y aquella que tenía en el bolsillo un revólver cargado, destinado a hacerlo saltar todo y a todos—Sofía Perovskaia,—alegraba a menudo a los trabajadores con su risa argentina. Uno de los mineros llegó a componer versos cómicos donde se relataban en estilo burlesco las diversas vicisitudes y aventuras de la excavación.

03 | DOS FUGAS

I

Una noche, hacia la mitad de enero de 1880—ya no recuerdo fijamente el día,—se reunieron en Ginebra algunos emigrantes para tomar una taza de té que les

ofreció un compañero, el señor G...

La reunión era bastante numerosa—podían ser seis o siete personas,—y, lo que era más raro en las tertulias de los emigrados, bastante alegre. La bellísima señora G..., nuestra huésped, sentóse al piano, que tocaba con tanta gracia y tanta inspiración, y nos cantó algunas canciones de la Ukrania. Todos estábamos algo excitados por la música, bromeando y riendo entre nosotros. El argumento principal de la conversación fue la fuga de Siberia de un amigo nuestro, de la cual el mismo día habíamos tenido noticia.

Contados todos los pormenores de aquella fuga hasta entonces conocidos, hechas todas las observaciones y todas las suposiciones pertinentes, transcurrió un momento de aquel silencio mortecino, incomparable, cuando los rusos dicen: «Ha nacido uno necio», o «Vuela el ángel del silencio», según los gustos respectivos.

Entonces, con la inspiración de tanto discurrir en torno de la fuga de nuestro amigo, tuve la idea de proponer a los asistentes, entre los cuales estaba Kropotkin y Bokanovski, que contáramos uno por uno las propias fugas, porque casi todos habían tenido la suya.

A esta proposición, acogida con aprobaciones generales, debo la posibilidad de trazar este boceto. Kropotkin se excusaba, diciendo que había contado su fuga tantas y tantas veces que estaba cansado ya, y no podía más. Pero debió rendirse a la insistencia de todos nosotros.

«El firme propósito de huir a toda costa—comenzó, —no me abandonó desde el primer día de mi detención. Pero si

algo hay imposible en el mundo, es huir de la fortaleza de Pedro y Pablo. Echaba mis planes, o mejor, fantaseaba, porque no podía menos de comprender que eran vanos sueños».

Después de este proemio, Kropotkin relató cómo fue trasladado al Hospital de Nicolás, cómo procuró convencer a los guardianes de que estaba siempre in extremis. No repetiré todo esto, porque ya he hablado de ello en su biografía. Paso inmediatamente a lo principal.

«El médico me ordenó paseos cotidianos y se me conducía, después del mediodía, al patio del hospital. Un centinela, fusil al brazo, estaba siempre a mi lado». Comencé a observarlo todo detenidamente para trazar mi plan. El patio era grande. Su puerta, ordinariamente cerrada, estaba entonces abierta, porque en aquella estación (estábamos en julio) el hospital se aprovisionaba de leña para el invierno. Pero como yo no debía estar allí más que pocas semanas, no habían situado ningún centinela a la puerta. Era una gran ventaja.

«Paseaba en el fondo del patio, situado al otro lado de la puerta. El centinela me vigilaba por los flancos, permaneciendo entre mí y la salida. Pero como yo caminara más lentamente que una tortuga, lo cual, como se sabe, fatiga a un hombre robusto más que los saltos, el soldado recurría al siguiente subterfugio: recorría una línea paralela a la mía, cinco pasos más cerca de la puerta. Así podía hacer su camino diez pasos más tarde que yo, porque estando al extremo de su línea, estaba siempre a la misma distancia de la puerta, igual que yo situado al extremo de mi línea. Este cálculo que el centinela hacía a ojo, evidentemente era justísimo en teoría. Pero pensé yo que si corriésemos los dos a la vez, el soldado, por instinto

natural, procuraría agarrarme lo más pronto posible, arrojándose sobre mí, en lugar de correr directamente hacia la puerta para cortarme la retirada. Y así haría él dos lados del triángulo, en tanto yo haría el tercero únicamente».

En este punto, pues, tenía una ventaja. Podía esperar que alcanzaría la puerta antes que el centinela, corriendo con la misma velocidad ; esperaba correr más aprisa, pero no estaba cierto de ello, por lo débil que me tenía la enfermedad.

Si a la salida me esperase, decíame, un coche, tendría muchas probabilidades de huir. Cuando estaba para enviar a los amigos una carta con los primeros esbozos de mi plan, recibí de ellos una en que se me hablaba del mismo particular. Comenzarnos a cartearnos. No expondré los varios planes y proyectos concebidos y abandonados, porque fueron muchos. Se trataba de resolver diversas cuestiones: si los amigos entrarían en el patio, como me lo proponían para entretener de una u otra manera al centinela; si el coche me esperaría a la puerta 6 en el ángulo del hospital, donde no estaría tan a la vista; si tomaría asiento en él uno de los nuestros o permanecería solo el cochero.

Yo propuse el plan más sencillo y natural, que fue finalmente aceptado. Nadie entraría en el patio. El coche esperaría a la puerta, porque me sentía demasiado débil para correr hasta la esquina. Un íntimo amigo propuso que ocuparía el coche para ayudarme a escapar más pronto y especialmente para vestirme, apenas fugado.

En el hospital sólo nos daban para vestirnos una vestidura de enfermería. Era una prenda larga é in- cómoda, tanto

que al caminar debía llevar la cola al brazo. Correr con tal impedimenta era absolutamente imposible. Precisaba desembarazarse de ella a toda costa, pero con la velocidad del rayo, porque un átomo de tiempo perdido podía desbaratarlo todo. Muchos días seguidos estuve ejercitándome en tal operación, en mi celda, observando que para realizarla con la máxima celeridad posible era necesario dividirla en tres movimientos elementales, como se hace con los soldados en el manejo del fusil: ¡uno, dos, tres!

Quedaba lo más difícil: la elección del momento. Esto dependía de las condiciones de los caminos por donde debía pasar. Un convoy de leña, un destacamento de soldados, un cosaco a caballo, podía hacer fracasar la tentativa, tanto más cuanto los caminos por los que debía huir eran muy estrechos y tortuosos. Era preciso, pues, observarlos y que fuera avisado cuando estuvieran libres de todo obstáculo. A este objeto debieron colocarse centinelas en cuatro puntos distintos. El quinto centinela, recibiendo los avisos de los otros cuatro, debía darme en el momento oportuno la señal decisiva. Debía servir para esta un globo que aparecería en un punto convenido, tras el muro altísimo del patio por donde yo paseaba.

Había propuesto colocar un sexto centinela en el ángulo exterior de un callejón algo más alejado, porque, según mis cálculos, aquel callejón estrechísimo era de una longitud tal, que un carro que entrase en él en el momento de nuestra partida nos habría barrado la en tralla inevitablemente antes de que hubiéramos recorrido nuestro camino desde la puerta del hospital al extremo del susodicho callejón. Pero como los hombres eran pocos, se suprimió este sexto centinela.

El día fijado fui al paseo lleno de esperanza y de excitación. Pero miré, miré el punto del muro por donde debía ascender el globo rojo y no vi nada. Mi paseo tocaba a su fin y todavía nada. Y he aquí que acabó el recreo y con él se desvanecieron mis esperanzas. Con la imaginación asaz impresionable de los presos, hacía suposiciones unas tras otras persuadido de que todo se había dejado correr.

Por el contrario, tratábase de una nonada. Por una coincidencia extrañísima no habían podido encontrar un globo rojo en ninguno de los almacenes de juguetes que habían visitado durante toda la mañana. No había más que globos blancos y azulados que los amigos no quisieron comprar, y con razón, porque, aun cuando parezca sin importancia, no debe permitirse ningún cambio en las señales. En su defecto, compraron a toda prisa una vejiga de goma roja en un almacén de gutapercha y la llenaron con gas de su propia fabricación. Pero el globo salió tan malo que en el momento oportuno, cuando el centinela soltó la cuerdecita, el globo, en lugar de volar por los aires, se elevó sólo algunos metros y cayó a tierra antes de alcanzar la altura del muro del patio. El centinela, rabioso, quiso arrojarlo en alto con la mano, pero inútilmente.

este caso fortuito debí tantas horas de tormento, y al propio tiempo mi salvación, porque precisamente en el momento en que fue lanzado al aire el globo, entró un largo convoy de leña en el callejón que os he hablado, donde no se había colocado ningún centinela. El convoy nos hubiera barrado inevitablemente el camino y todo se habría perdido.

Transcurrió otro intervalo para el carteo necesario, a fin de combinar las modificaciones indispensables. Colocóse,

naturalmente, otro centinela en la entrada del callejón, lo cual requirió un cambio en todo el plan, porque no había medio de recoger las señales de los cinco centinelas estando yo tras el muro del patio. Debíase, pues, introducir centinelas accesorios, para la simple transmisión de señales, o cambiar la señal decisiva.

Nos decidimos por lo último. Uno de los nuestros alquiló una habitación en el tercer piso de una casa situada frente al hospital, y desde cuya ventana se podía ver no sólo los cinco centinelas, sino también el patio por donde me paseaba. La señal debía dármela el amigo tocando repetidas veces un violín cuando los avisos que él recibiera fueran propicios, y cesando la música cuando alguno fuera desfavorable. Esta combinación presentaba la gran ventaja de indicarme reiteradamente el tiempo favorable a la fuga, dejando a mi mano la elección del momento oportuno.

El primer día, cuando todo estaba pronto, y el coche me esperaba ya a la puerta, fui yo quien di a los amigos bien malos momentos: recrudeció mi dolencia y me sentí tan débil que no me atreví a arriesgarme a la prueba. Por esta razón no bajé al patio. Mis amigos pensaron que la policía había entrado en sospechas y que ya no me querían conducir al paseo.

Me restablecí dos días después y resolvimos aprovechar aquel intervalo que me dejaba la enfermedad. Y después de prepararlo todo, los zapatos y la vestidura de cámara, que exigía algunos descosidos para que pudiera arrojarla más pronto, bajé al paseo. Apenas entro en el patio, oigo que suena el violín. La música duró unos cinco minutos; pero no quise aprovecharme en seguida, porque al principio la vigilancia es siempre un poco mayor,

instintivamente. Pero he aquí que el violín se calla : dos minutos después entraban en el patio algunos carros cargados de leña, y el violín comienza de nuevo.

Esta vez estaba decidido a aprovechar la ocasión. Miré al centinela: hacía su línea ordinaria, a cinco pasos de distancia entre mí y la salida. Miré su fusil: estaba cargado, lo sabía. ¿Tiraría o no? Probablemente no, porque estando yo a tan poca distancia se decidiría por agarrarme. La bayoneta era mucho más peligrosa en el caso de que me faltaran las fuerzas en aquella larga carrera. Pero había yo hecho mis cálculos y estaba seguro de morir si permanecía en la prisión. «¡Ahora o nunca!» dije para mis adentros. Agarré la vestidura... ¡Uno! ...

Pero he ahí que cesa el violín. Permanecí como aniquilado cual si hubiese levantado un gran peso. Un momento después comienza de nuevo la música: acababa de pasar entonces una patrulla por uno de los callejones.

Apenas el centinela llegó al extremo de su línea, sin perder un segundo, arrojó en tres movimientos bien estudiados mi ropaje de enfermo y salgo disparado como una saeta. El centinela se arrojó aullando sobre mí para agarrarme, en lugar de correr derecho a la puerta y cortarme la retirada, trazando de tal suerte los dos lados del triángulo, como había previsto. Pero estaba yo tan débil que los que vieron nuestra carrera desesperada dijeron que el soldado estaba a tres pasos de distancia y casi me tocaba con su bayoneta. Yo no veía nada de esto. Oía tan sólo sus aullidos y los de los leñadores que descargaban la leña en el fondo del patio.

Junto a la puerta vi un coche, pero por un momento dudé que fuera el nuestro, porque no podía reconocer a mi

amigo en el cochero, que estaba atento en el camino. Di para que se volviera una palmada, con sorpresa de los amigos que estaban observando esta escena, tomada por ellos por una señal de alegría. El cochero se volvió, lo reconocí, y más pronto que lo que se cuenta me arrojé en el coche, que partió como un rayo, mientras me sentía envuelto en una capa militar que otro amigo tenía a punto, junto con un ros de oficial.

En el hospital, según luego supe, hubo un trastorno indescriptible. El oficial de guardia acudió con sus soldados a los aullidos del centinela, gritando mientras perdía la cabeza y se arrancaba los cabellos:

—¡Oh, estoy perdido, estoy perdido! ¡Corred, seguidle, seguidle!

Pero no era capaz de dar orden alguna. Uno de los nuestros, el que había dado la señal, precisamente el que tocaba el violín, bajó precipitadamente al camino, y acercándose al oficial, comenzó a apiadarse de su estado, preguntándole: ¿Qué ha sucedido? ¿quién ha huido? ¿cómo? ¿cuándo? ¿dónde?, consiguiendo así que el oficial, al responderle, perdiera un tiempo precioso.

Una vieja dió un consejo terrible: ¡Pero qué! —dijo.— Darán una vuelta y volverán infaliblemente a Newsy. No hay que dudarlo. Desuncid los caballos de este ómnibus (que estaba a la puerta del hospital) y cortadles el camino. Es cosa sencillísima. Precisamente nosotros hacíamos este camino. Por fortuna no fue seguido el consejo de la perspicaz mujer.

II

Cuando Kropotkin terminó su relato tocóle el turno á Juan

Bokanovsky, de sobrenombre el Cosaco, porque siendo ucraniano de origen, se parecía a los antiguos cosacos de aquel país por su valor, por su sangre fría imperturbable y su taciturnidad. Todos se volvieron hacia él. el cual, separando de la boca. su pequeña pipa de madera, exclamó:

— ¡Pero si no hay nada que contar! Vino, nos cogió y salimos: he ahí todo.

—No, no, exclamaron los asistentes. Cuéntalo todo con sus pelos y señales.

—Pues bien, cuando llegó el día fijado, vino con dos llaves a nuestras celdas...

—No, no. —le interrumpieron de nuevo—. ¡Con sus pelos y seriales! Cuéntalo todo desde el principio hasta el fin.

El Cosaco, viendo que no tenía evasiva, cargó lentamente su pipa, con el aire de un hombre que se dispone para un largo viaje, la encendió, probó si tiraba bien, y comenzó su relato empleando en él muchas más palabras que las que pronunciaba ordinariamente en tres meses.

Miguel llegó a la prisión unos dos meses antes de nuestra fuga. Fue asunto largo y difícil introducirle, pero finalmente, con un pasaporte falso de un campesino llamado Fomenko, entró primero en calidad de simple leñador y corno guardián luego.

Merced a su diligencia en el cumplimiento del servicio y de su conducta irreprochable consiguió captarse las simpatías de todos sus superiores. Al terminar el mes, era

promovido al empleo de cabo guardián en uno de los corredores de detenidos por delitos comunes.

Sin embargo, el director no quiso aprovecharse de su denuncia. He de advertir que en la prisión de Kief, la posición de los detenidos políticos era en aquellos tiempos del todo excepcional. El terrorismo, que hería antes que nadie a los empleados secundarios, produjo en Kief tal pánico, que todos, desde el procurador hasta el director, nos hacían la corte en competencia, porque temían ser muertos a nuestra primera señal. Por eso, en cuanto supo el director que el que escribía era Estefanovich, el más temido de todos, exclamó:

—¡Déjale hacer !—y no hizo más. Pero desde aquel día, su corazón estaba conquistado por Miguel.

Para complacer a los otros detenidos políticos, el director nos dió como cabo guardián a un tal Nikita, hombre excelente, bueno como el pan. Pero era necesario librarnos de él a toda costa, porque vacante su puesto tocaría probablemente a Miguel.

Era difícil lograrlo, porque el buen hombre jamás nos hacía ningún mal, por cuya razón debíamos inventar descaradamente contra él ofensas que ni siquiera pensaba hacernos, para poder acudir en queja al director, el cual le recriminaba, le gritaba, le amenazaba, sin que el infeliz tuviera la menor culpa ; aquel buen hombre, en vez de irritarse contra nosotros y cometer, como esperábamos, alguna imprudencia, lo soportaba todo en paz, repitiendo:

—Jesucristo ha sufrido y debo también sufrir yo. Estábamos ya desesperados cuando Valeriano Ossinsky, que organizaba nuestra fuga desde fuera, tuvo la buena

idea de ir a la posada que frecuentaba. Nikita y decirle, después de hacerse amigo de él como por casualidad, que buscaba un mayordomo para una fábrica de azúcar, en el interior de la provincia. Las condiciones eran ventajosísimas y Nikita no titubeó. El negocio fué bien pronto terminado, y habiendo recibido el dinero para el viaje y un mes de paga anticipada, Nikita abandonó el servicio de la prisión, porque debía partir inmediatamente.

Vacante su puesto, el director fue a hablar amigablemente con Estefanovich y Deuc, acerca del sucesor que debían darnos.

—¿No os parece que Fomenko (Miguel) sería un hombre muy conveniente? Estefanovich hizo un gesto de desagrado y masculló entre dientes:

—Un espía tiene cuanto pare...

—¡ Pero es un hombre excelente!—exclamó el director.

Miguel fue nombrado cabo guardián en el corredor de delitos políticos. Estaba hecho lo más importante. Pero no era todo. Podía abrirnos las puertas de nuestras celdas, pero ¿cómo saldríamos cuatro presos de una prisión custodiada militarmente?

Era preciso no perder un minuto de tiempo. La posición de Miguel era terriblemente peligrosa. La prisión rebosaba de detenidos políticos de toda especie, comenzando por los jovenzuelos sospechosos hasta los revolucionarios seriamente comprometidos. Era gente de todas condiciones, y por su actividad pasada, Miguel fue reconocido por muchos. No era de temer una denuncia, porque Miguel, siendo ilegal hacía ya años, no tenía relaciones inmediatas con la gente de confianza. Pero

¿quién podía defenderlo de las indiscreciones inocentes, tratándose especialmente de un caso tan particular?

Estábamos realmente como sobre ascuas y resolvimos aprovecharnos lo más pronto posible de la favorable situación creada por Miguel. De modo que una vez bien entrado en su nuevo oficio fijarnos]a noche para la huida.

La manera más natural de salir era la de disfrazarnos de centinelas, que hecho su servicio salen de la prisión para reunirse en sus cuarteles. Miguel preparó trajes de soldado para dos de nosotros, debiendo permanecer los otros dos vestidos de paisano. Sólo había un sable para los cuatro, pero resolvimos no esperar más.

La noche del día fijado por Miguel nos trajo los arreos militares. Nos disfrazamos, e improvisamos luego con mantas muñecos que ocuparon nuestras camas, para que a la mañana siguiente creyeran que dormíamos. A media noche Miguel vino para abrirnos las celdas. Pero aquí surgió un obstáculo imprevisto. El guardián de turno que debe vigilar toda la noche vino precisamente a nuestro corredor sin mostrar prisa por irse.

Entonces Estefanovich hizo caer, como impensadamente, un libro descosido en el jardín, cuyas hojas se desparramaron por tierra, rogando entonces su dueño a Miguel que se lo hiciera traer en seguida. Miguel mandó al guardián de turno que lo recogiera, y mientras estaba ocupado en tal labor abandonamos sin ruido nuestras celdas y nos encaminamos hacia la salida.

Cuando pasamos por el corredor del fondo ocurrió una cosa terrible: caminando junto al muro en aquella obscuridad profunda, tropecé no sé con qué; sentí que se

me iban los pies, levanté instintivamente las manos, algo me tocó en los dedos, y lo agarré con fuerza para no caer... ¡Maldición! un sonido alarmante retumbó por todo el edificio: ¡era la cuerda de la campana de alarma! El horror, la vergüenza, el ridículo por nuestra desgracia, pasó como un relámpago ,ante mis ojos. Lo creímos todo perdido. Se oía ya el rumor y las voces de los soldados de guardia, que se levantaban apresuradamente. Pero Miguel, haciéndonos esconder en varios rincones, corre al cuerpo de guardia para decir que había estirado la cuerda de la campana impensada- mente. Volvió de nuevo la calma. Pero entonces surgió otro obstáculo ; habiéndonos escondido en distintos rincones, en poco estuvimos que no nos perdiéramos en la oscuridad profunda. ¡Gracias a Miguel que corrió de unos a otros para juntarnos y ponernos en orden!

Quedaba lo más difícil: el paso por la puerta de la prisión ante el portero y el centinela. Pero esto salió a maravilla. A la voz de Miguel, el portero le dio la llave para abrir el portillo, y el centinela, en su garita, no paró mientes en nuestras extrañas vestiduras.

Pero dados algunos pasos, henos plantados ante un oficial, salido como de bajo tierra. Por fortuna se embozó en la capa y ya no vimos más que la hermosa cabeza de Valeriano Ossinsky que nos apretó radiante las manos. Nos esperaba con un coche para conducir- nos á brida suelta hacia el Dnieper, donde flotaba un bajel aprestado para un largo viaje y provisto de pro- visiones de boca de todo género.

Un momento después volábamos por el río dirigiéndonos hacia el Sur. Aquel viaje acuático duró cerca de una semana. De noche dirigíamos nuestra embarcación al

boscaje de la orilla para reposar algunas horas, y de día navegábamos a todo remo. Si distinguíamos en el horizonte lejano la humareda de algún buque de vapor, nos ocultábamos entre los juncos que bordean el Dnieper. Llegados a Cremenciug nos encontramos con Ossinsky, llegado por ferrocarril, que nos esperaba con los pasaportes y todo lo pertinente.

Por él supimos que toda la ciudad de Kief fue puesta en zozobra, porque se creía que estábamos escondidos en ella. »En la prisión no se dieron cuenta de nuestra fuga hasta muy entrada la mañana. Viendo que junto con nosotros había desaparecido Miguel, nadie adivinó la verdad. La confianza que supo inspirar era tal, que el director y todos creyeron que para efectuar nuestra fuga lo asesinaros, tanto que llegaron a buscar inútilmente su cadáver.

Sólo cuando se hicieron las necesarias averiguaciones y se reconoció que su pasaporte era falso, se descubrió el secreto, incomprensible hasta entonces, de lo acontecido.

Aquí acabó su relato el Cosaco. Otros tomaron la palabra después de él. Pero por ser los hechos poco interesantes y el espacio exiguo, no los referiré.

00 | APÉNDICE
 PEDRO KROPOTKIN
 ПЁТР АЛЕКСЕЕВИЧ КРОПОТКИН

I

No es, como se cree en toda Europa. el jefe indiscutible del nihilismo. Ni siquiera tiene asomo de influjo en el movimiento revolucionario ruso y no es literato conocido en su patria, pues escribe siempre en lengua francesa. En Rusia no se le conoce más que de nombre. Este hecho, que parecerá extraño a mis lectores, es la natural consecuencia de otro: Kropotkin es un emigrado, y ninguno de los emigrados políticos que residen en diversas ciudades de Europa, juntos o separados, tiene el menor influjo en el movimiento revolucionario de su país.

Esto parecerá increíble, y no obstante, si bien se mira, todo hombre de criterio reconocerá la absoluta verdad de mis afirmaciones. —Sólo deben tenerse en cuenta dos cosas : el carácter general del movimiento ruso y la distancia entre Rusia y los países donde pueden vivir los emigrados : Suiza, Francia, Italia, Inglaterra—pues nadie puede fiar en Prusia ni en Austria. —Citaré un solo hecho : para cambiar una carta, concediendo algunos días para la respuesta, se cuentan desde Suiza, que es el país más próximo, unas dos semanas. Ahora bien ; una orden, suponiendo que deba darse—y hasta un consejo,—llegaría a San Petersburgo dos semanas o al menos diez días después de pedida. Y en Rusia la guerra no se hace en el dominio del pensamiento, como cinco años atrás. Es una lucha a mano armada, en la que cualquier disposición debe tomarse a la vista del enemigo. Supongamos que se

prepara un atentado contra el emperador ; la menor variación del horario, de la vía que sigue, de las medidas que toma para su seguridad, obligarán a modificar inmediatamente el plan de ataque.

¿Qué órdenes se pueden dar desde Londres, desde París ó Suiza? ¿Quién será tan neciamente presuntuoso que se juzgue en situación de transmitir las?—Imaginemos por un momento que un general en jefe quisiera dirigir una guerra en Turquía sin moverse de San Petersburgo. ¿Qué dirían de él los hombres juiciosos? Y aquel general tendría al menos la gran ventaja de poseer el telégrafo, mientras que nosotros tenemos sólo el lento y penoso correo.

Si para el emigrado es tan imposible no sólo dirigirla lucha, sino hasta dar un consejo, ¿por qué razón se ha de comunicar a los emigrados lo que se prepara en Rusia? ¿Para exponerse a que la carta caiga en manos de la policía? ¿Para aumentar los riesgos de una lucha titánica que ya los tiene innumerables?

Y he aquí otro hecho que es consecuencia del precedente: los emigrados, aun los pertenecientes al grupo encargado de la lucha ;activa, ni aun saben lo que se prepara en Rusia. De vez en cuando, por pura deferencia, reciben algún vago aviso, sin conocer jamás el lugar determinado ni la fecha. ni el modo de ejecución del proyecto. ¿Por qué anunciar tales cosas, ni aun al más amigo, a fin de satisfacer su curiosidad? Sería un delito, una vergüenza, un acto reprobable, y todo hombre serio sería el primero en reprochar a su amigo acción tan indiscreta. Y por eso, actos tales como la muerte de Alejandro II y la explosión en el Palacio de Invierno, fueron para los refugiados sorpresas tan grandes como tara todo el mundo.

El valimiento político de los emigrados rusos en esta hora equivale á cero.—El exterior no es más que un lugar de reposo, una isla donde aportan todos los que tienen su barquilla rota ó averiada por la deshecha borrasca. Hasta que no logren repararla y dirigirla al piélago nativo, los desterrados son pobres náufragos que tendrán todo el valor que se quiera, pero a quienes no queda más remedio que estar con las manos cruzadas y mirar con ojos envidiosos el país donde se lucha, se muere ó se vence, mientras ellos perecen en inacción forzosa, extraños a todo en extraña tierra.

II

Kropotkin es uno de los más antiguos emigrados. Hace seis años que permanece en el extranjero, y, por lo mismo, en todo este tiempo no ha podido tomar parte en el movimiento revolucionario ruso. Esto no impide que sea una de las principales figuras de nuestro partido y que, por lo mismo, merezca ser citado.

Pertenece a la mas antigua nobleza rusa. La familia del príncipe Kropoticin es una de las pocas que descienden en línea recta de los viejos príncipes feudatarios de la casa real de Rurik. Por eso en el Círculo de los Chiakovszki que pertenecía, decíase en tono chancero que tenía más derechos al trono de Rusia que el emperador Alejandro II, quien no pasaba de ser un germano.

Estudió en el colegio de los pajes, donde no se admite más que a los vástagos de la alta aristocracia. Terminó el curso con un primer premio, el año 1861, pero, siempre inclinado al estudio, en vez de entrar al servicio del autócrata, fue a Siberia para dedicarse a investigaciones geológicas. Permaneció allí algunos años, tomó parte en varias expediciones científicas y adquirió extensos

conocimientos que utilizó después como colaborador de Elíseo Reclús. Visitó además China.

A su regreso a San Petersburgo fue elegido miembro y luego secretario de la Sociedad Geográfica, dio cima a diversos trabajos muy apreciados por los científicos y al fin emprendió una grande obra sobre los hielos de Finlandia, obra que, mediante una petición de la Sociedad Geográfica, pudo terminar cuando ya estaba preso. No pudo sustraerse a la obligación de servir en la corte. Fue chambelán de la emperatriz y mereció varias condecoraciones.

En 1871 o a principios de 1872—porque no me acuerdo bien—hizo un viaje al extranjero. Visitó Bélgica y Suiza, donde en aquel tiempo la Internacional había alcanzado gran desarrollo. Sus ideas, que siempre fueron avanzadas, lograron el sello definitivo. Se declaró internacionalista y adoptó las ideas del bando más extremo, llamado anárquico, del cual ha sido siempre defensor entusiasta. Al volver a su país, se acercó al círculo revolucionario inspirado en los mismos ideales—el de los Chiakovszki—y en el año 1872 fue propuesto como individuo y aceptado por unanimidad. Recibió el encargo de escribir el programa del partido y de la organización, el que después fue encontrado entre sus papeles. En el invierno de 1872 empezó sus conferencias clandestinas sobre la historia de la Internacional, que no eran más que el desarrollo de las ideas del socialismo y de la revolución, basado en la historia de todos los movimientos populares modernos. Estas conferencias, que a la profundidad del pensamiento unían una claridad y sencillez que las hacían accesibles a los más toscos entendimientos, despertaron vivísimo interés entre los obreros del distrito de Alejandro Newsky. Hablaron con

sus camaradas de taller y bien pronto la noticia se extendió por todas las fábricas de los contornos y llegó á oídos de la policía, que hizo todo lo posible para encontrar al famoso Borodin (éste era el fingido nombre con el cual se presentaba Kropotkin en sus conferencias).—Pero no lo alcanzó, porque dos meses después, terminado su trabajo, ya no iba Kropotkin a la casa vigilada y se dispuso a ir a propagar sus ideas entre los campesinos, como pintor ambulante, pues a su vasta erudición reúne grandes talentos de artista.

No obstante, lo policía pudo sobornar a uno de los obreros, que consintió en ser traidor y que empezó a recorrer las calles principales esperando encontrar un día ú otro a Borodin. Y lo consiguió ciertamente. Al cabo de algunos meses le vio junto a la puerta Gostini, en la perspectiva Newsky, y lo designó a los polizontes. El supuesto Borodin fue detenido. Al principio no quiso manifestar su verdadero nombre; pero no había medio de ocultarlo. Días después, la dueña de la casa donde él había alquilado habitaciones se presentó a declarar que su inquilino, el príncipe Pedro Kropotkin, había desaparecido el día tal. Conducida a la presencia del fingido Borodin lo reconoció, y Kropotkin tuvo que confesar su identidad.

Grande fue la emoción producida en la corte por el encarcelamiento de tan alto personaje. El emperador se enojó tal extremo que, un año después, pasando por Karkof, donde era gobernador un primo de Pedro, Alejo Kropotkin (asesinado el año 1879), le mostró gran descortesía y le preguntó bruscamente si era verdad que le unían con Pedro lazos de parentesco.

Kropotkin pasó tres años en una celda del fuerte de Pedro y Pablo. En los primeros meses de 1876 fue trasladado por

prescripción del médico al hospital de Nicolás, pues la cárcel había debilitado su salud, ya poco floreciente, hasta el punto de que no podía comer ni moverse.—Aun cuando en pocos meses se restableció, hizo todo lo posible por ocultarlo. Andaba con el paso de un moribundo, hablaba en voz baja, como si el abrir la boca le costase un penoso esfuerzo. Y la causa era muy sencilla: había sabido, por carta de unos amigos, que se organizaba una tentativa de evasión; y como en el hospital la vigilancia era menor que en la fortaleza, convenía prolongar la estancia allí.

En julio de 1876 se realizó la fuga, siguiendo las instrucciones dictadas por el mismo Kropotkin. La reataré en uno de los bocetos siguientes, porque es una obra maestra de precisión y audacia.

III

Algunas semanas después, Kropotkin se hallaba en el extranjero.

De aquella época data su actividad revolucionaria, que, sin tener alguna relación con el movimiento ruso, pues estaba dedicada exclusivamente al socialismo europeo, era tal vez la única que podía poner de relieve sus cualidades de eminente político. Sus grandes dotes le hacen principalmente apto para la actividad en la liza pública, con preferencia a los subterráneos de las sociedades secretas.

Le falta aquella flexibilidad de espíritu, aquella facultad de adaptarse a las condiciones del momento y de la vida práctica, que son indispensables para un conspirador. Es un buscador enamorado de la verdad, un jefe de escuela y no un hombre práctico. Trata de hacer prevalecer a toda

costa determinadas ideas, y no de alcanzar un fin práctico valiéndose de todos los medios posibles.

Es demasiado exclusivista y rígido en sus convicciones teóricas. No admite ninguna modificación del programa ultra-anarquista. Por eso le ha sido siempre imposible colaborar en cualquier periódico revolucionario en lengua rusa, así los que se publican en el extranjero, como los que ven la luz en San Petersburgo. Constantemente buscaba puntos de divergencia, y por lo mismo no pudo escribir en dichos periódicos una sola línea.

Es dudoso que pueda ser jefe o siquiera organizador de un partido que tiene como único medio de acción la conjura. En la gran lucha revolucionaria, la conspiración equivale a la guerrilla en las luchas militares. Pocos son los hombres y, por lo tanto, es necesario emplearlos a todos; en un terreno limitado, precisa ingeniarse mucho, y un buen guerrillero debe, ante todo, adaptarse a las exigencias del terreno y del instante.

Su elemento natural era la gran guerra y no la guerrilla. Sería muy apto para convertirse en fautor de un vasto movimiento social si las condiciones del país se lo concediesen.

Es un agitador inapreciable. Dotado de palabra fácil y ardiente, se apasiona al subir a la tribuna. Posee, como todos los verdaderos oradores, la facultad de inspirarse en presencia de la multitud que le escucha. Este hombre aparece transformado en la tribuna. Tiembla de emoción, y en su voz vibra aquel acento de convicción profunda que no puede ser imitado y que se siente cuando se habla no ya con la boca, sino con toda el alma. Aunque no se le pueda calificar de orador de primer orden, produce una

impresión inmensa, porque cuando la pasión llega a tal extremo tiene la facultad de electrizar al auditorio.

Y cuando, pálido y agitado, abandona la tribuna, la sala tiembla con el estruendo de los aplausos.

Es habilísimo en las discusiones íntimas y sabe convencer y fascinar como pocos. Profundo conocedor de la ciencia histórica, especialmente en todo lo que se refiere a los movimientos populares, utiliza maravillosamente el vasto conjunto de su erudición para aclarar y reforzar con ejemplos y símiles imprevistos sus noble.; asertos. Por eso su palabra alcanza una extraordinaria fuerza de persuasión que aumenta con la sencillez y la evidencia de exposición, derivada de sus profundos estudios matemáticos.

A estos talentos añade una sorprendente actividad y una destreza tan grande en el trabajo, que ha maravillado a un trabajador tal como Elíseo Reclús.

Es un hombre franco y sincero como pocos. Dice siempre la pura verdad, sin rodeos y sin consideraciones al amor propio de sus antagonistas. Este es el rasgo más saliente y simpático de su carácter. Se puede fiar absolutamente en sus palabras. Su sinceridad llega a tal punto que alguna vez le ocurre, en el ardor de una discusión, concebir una nueva idea que le pone pensativo. Y de pronto se interrumpe, permanece absorto un momento, y luego empieza a pensar en alta voz, tomando partido por su adversario. Otras veces discute mentalmente y, después de breve pausa, se dirige a atónito adversario y le dice sonriendo: «Tiene usted razón».

Esta pasmosa sinceridad le hace el mejor de los amigos y da gran peso a sus elogios y a sus censuras.



LOS MÉTODOS DEL NIHILISMO RUSO SOCIEDADES SECRETAS CONTRA EL ESTADO

El nihilismo como sociedad secreta contra el Estado dinamitó primero las bases de la sociedad en la Rusia zarista. Durante la primera década tras la emancipación de los siervos, 1860-1870, el nihilismo fue tanto una lucha por la liberación de la mente como por la liberación de las clases trabajadoras de los residuos de la servidumbre. Según Stepniak en su libro del tiempo pasado en la Rusia clandestina, “el principio fundamental del nihilismo fue el individualismo absoluto. Era la negación, en nombre de la libertad individual, de todas las obligaciones impuestas sobre el individuo por la sociedad, por la vida familiar y por la religión”. Siguiendo esta línea, las fuerzas del nihilismo fueron el ateísmo, la razón y la emancipación de género -mujeres peligrosas, armadas hasta los dientes, asaltando las puertas del cielo.

A medida que se extendían las sociedades del nihilismo, se creó un movimiento social de negación alrededor del llamado a la destrucción de las creencias positivistas y las instituciones reaccionarias. Pero, este breve periodo de acercamiento fracasó ante la represión de la policía y porque “no tuvimos éxito porque fuimos simples habladores, incapaces de trabajo de verdad”. Reconponiéndose de nuevo en las sombras de las sociedades secretas, el nihilismo se retiró como una demanda popular y “el ‘¡Actuemos!’ se volvió tan general como el ‘entre la gente’ lo había sido aquellos pocos años.”

Los años entre el ‘76 y el ‘78 fueron períodos de manifestaciones, descritas como: “más o menos enérgicas”. Los funerales volvieron a ser zonas de guerra. Pero fue imposible vencer en tales batallas callejeras, por la desproporción entre las fuerzas materiales del Estado y las de los revolucionarios.

Para los nihilistas revolucionarios “se hizo evidente que por este camino no habría más avance que el del sacrificio voluntario”. Se abandonaron las manifestaciones de todo y, desde el ‘78, desaparecieron completamente. El método del nihilismo cambió de la revolución con sus “lágrimas de rabia y dolor” por los compañeros encarcelados y asesinados al terror “de la sangre, el odio y la venganza”.

Los primeros objetivos del terrorismo fueron los enemigos inmediatos –los espías y soplones. Estos primeros “actos sanguinarios” provocaron un aumento de los ataques para, como dudosamente se

señaló en el primer comunicado terrorista –en su reivindicación del asesinato del jefe de policía: “si el tiempo se consumiera en asesinar a un vil espía, ¿por qué permitir vivir con impunidad a la gendarmería que nos lo mandó o al fiscal que, con la información de los materiales obtenidos del espía, ordena el arresto o al jefe de policía, que lo dirige todo?” con este “coraje de ser lógico” la campaña intensificada avanzó “de un solo salto, lo que, de otro modo, habría requerido varios años”.

El 24 de enero de 1878 el “memorable” disparo fue realizado por el revólver de Vera Zasulich contra el general Trepoff, que había ordenado el azote de un nihilista preso. El placer general sentido por la aprobación masiva de esta acción directa, alentó un tsunami de terrorismo que aumentó para diezmar a la autocracia.

Este periodo lo esboza Stepniak como un duelo entre el emperador y los nihilistas:

“Los adversarios tres veces se vieron cara a cara. Tres veces, por voluntad del destino, los terroristas fueron derrotados pero, después de cada derrota se alzaba más amenazador y potente que antes de empezar la lucha. A la tentativa de Soiovief, sucedió la de Hartman, seguida de la espantosa explosión del Palacio de Invierno, que parecía sobrepasar todo lo que la imaginación tiene de más diabólico. Pero fue mayor la del 13 de marzo. Nuevamente los adversarios vinieron a las manos, y esta vez el omnipotente emperador cayó sin vida. El terrorista hubo vencido.”

Por supuesto, no hubo tal victoria y las sociedades del nihilismo continuaron la danza dialéctica de asesinar y ser asesinados, descendiendo hacia cultos a la muerte como la célula que se llamó, muy acertadamente, “Infierno”. El hermano mayor de Lenin, un nihilista autoerigido, fue asesinado por un verdugo zarista. Años después, con el colapso de la Rusia zarista, los nihilistas restantes fueron purgados de los soviets industriales por los partidos comunistas y Lenin nunca volvió a hablar de su hermano ni de su llamado salvaje por la abolición del Estado.

Pero, como fuerza destitutiva, el nihilismo sigue siendo un método de destrucción y la historia vuelve a despertarse para abrir paso a nuevas configuraciones de sociedades secretas organizadas informalmente, basadas en los medios puros de un nihilismo consciente, explotando la alternativa falsa entre fines y medios. Una vida salvaje que destruya la realidad en una experiencia conspiratoria y antipolítica de pensamiento y acción de medialidad pura y sin fin.



EL ÁNGEL VENGADOR, BAKUNIN Y EL NIHILISMO RUSO

Aunque el nihilismo es casi siempre pensado como un concepto vago, relegado al ruedo de la filosofía o quizás como la inevitable conclusión al pensamiento posmodernista, el nihilismo sí tiene un fuerte trasfondo histórico que merece un mayor reconocimiento. La más importante manifestación del nihilismo en la reciente historia, también coincide con su más activa y organizada expresión, aquella de los revolucionarios rusos nihilistas que subieron a la prominencia en los años 1860.

Los nihilistas rusos (la palabra rusa para nihilista es nigilist) tienden a ser asociados con la violencia, revolución y actos terroristas como el asesinato del Zar Alejandro II por el grupo ‘La Voluntad del Pueblo’. Estudiantes nihilistas por Ilya Repin, 1883. Pero aunque los actos violentos son documentados en los libros de historia casi siempre, el impacto duradero es llevado a cabo a través de las ideas e identidades no violentas. Los nihilistas rusos fueron intrigantes con respecto a esto porque su historia es como la de un témpano de hielo, sólo una pequeña porción de su carácter total es visible fácilmente. De hecho, muchos de los actos violentos

asociados con el atentado a la monarquía, ocurrieron bajo los auspicios de otros grupos como los anarquistas, marxistas y populistas narodistas en los años 1870, en vez de aquellos directamente asociados con los propios nihilistas que eran mucho más complejos que los esquemáticos etiquetamientos de ‘terroristas’ adjuntados a ellos por las autoridades autocráticas.

El Nihilismo no era tanto un cuerpo de creencias y programas formales (como el populismo, liberalismo, marxismo) como era un agrupamiento de actitudes y valores sociales, y un conjunto de comportamientos afecto-modales, vestimenta, patrones de amistad. En resumen, era el espíritu de su era.

Para poder comprender quienes eran los nihilistas rusos, primero tenemos que entender en contra de qué pelearon y por qué. Europa en el siglo XIX, vivía una época de cambios dramáticos políticos, económicos y sociales. La industrialización creó disparidades de riquezas fantásticas y “clases” enteramente nuevas de personas, mientras el viejo sistema de poder aristocrático se transformaba en uno plutocrático. Las ciudades crecieron rápido y los estilos de vida tradicionales agrarios fueron diezmados, en favor de la apretada vida urbana de esclavitud salarial. La Rusia imperial experimentó muchos de estos difíciles cambios pero los eventos casi siempre tomaban un carácter más extremo que los de Europa Occidental, y el desarrollo social para Rusia siempre ha sido tanto doloroso como lento.

Los monarcas rusos, los más prudentes, se dieron cuenta que su sistema de servidumbre, con una estructura social privilegiada, existiendo a costillas del pueblo, no era sostenible y terminaría en una rebelión sangrienta, más tarde o temprano. El problema era, implementar reformas que fueran tanto efectivas como políticamente realistas. Pero, a mediados del siglo XIX, las fuerzas de represión del Estado junto con la larga duración del problema, habían ya creado una situación tan intolerable que reformar el sistema era esencialmente imposible. La única respuesta razonable a esta clase de situación, es aquella del nihilismo, la única manera de vivir era la destrucción. Rusia se había convertido en un país sofocante, atrasado, dirigido por una clase gobernante de élites, crecidos, fabulosamente ricos a través de la extracción rampante de recursos naturales. El gobierno ruso se había vuelto completamente desconectado de sus súbditos, y nueva información, y nuevas ideas fueron imposibles se colaron en el país, en la escena social caldeada y burbujeante en Europa Occidental. Ni tan siquiera un brutal y violento estado policial pudo parar a los nihilistas, a otros revolucionarios dedicados o el inevitable resultado del conflicto.

El corazón del nihilismo ruso, se nutría con los fracasos del pasado y buscaban elaborar una nueva identidad. Este era el significado de la frase ‘Padres e Hijos’, usada en aquel tiempo y recordada hoy en la novela de Turgenev del mismo nombre.

Mientras que los “padres” crecieron en filosofía idealista alemana y romanticismo en general, con su énfasis en lo metafísico,

religioso, estético y aproximaciones históricas de la realidad, los “hijos”, dirigidos por tales jóvenes radicales como Nicolás Chernyshevsky, Nicolás Dobroliubov y Dmitrii Pisarev alzaron la bandera del utilitarismo, positivismo, materialismo y especialmente “realismo”. “Nihilismo” –y también en gran parte “realismo”, particularmente “el realismo crítico”– significaba sobre todas las cosas una rebelión fundamental en contra de los valores y estándares aceptados: en contra del pensamiento abstracto y del control familiar, en contra de la poesía lírica y disciplina escolar, en contra de la religión y la retórica. Los fervientes hombres y mujeres jóvenes de los años 1860 querían cortar a través de toda apariencia educada, el deshacerse de toda farsa convencional, para llegar al fondo de las cosas. Lo que usualmente ellos consideraban real y valioso incluía las ciencias naturales y físicas –ya que esa era la época cuando la ciencia vino a ser enormemente admirada en el mundo occidental– relaciones humanas simples y sencillas, y una sociedad basada en el conocimiento y la razón en vez de en la ignorancia, prejuicio, explotación y opresión.

Esto era la destrucción de los ídolos, sobre la quema de lo inservible de la sociedad. Y los nihilistas rusos, fueron bastante revolucionarios, especialmente dado el contexto del tiempo y la localización en la que existieron, porque incluyeron secciones de la población que habían tenido poca, si alguna, representación anteriormente. Las mujeres, por ejemplo, jugaron un papel clave e incluyeron algunos de los más motivados y carismáticos personajes

de la época como Vera Figner y Sofía Perovskaia. “Si las feministas querían cambiar partes del mundo, las nihilistas querían cambiar el mundo como tal, aunque no necesariamente a través de acción política”. La palabra rusa para una fémina nihilista es nigilistka.

Es importante señalar que el espíritu nihilista de ese tiempo, era ante todo individualista y no siempre políticamente revolucionario; algunas actitudes nihilistas radicales excluían orientación ideológica o política. “Mientras el nihilismo emancipaba a los jóvenes rusos radicales de cualquier filiación al orden establecido, era, para repetir el punto, individual más que social por su misma naturaleza y carecía de un programa positivo – Ambos, Pisarev y el héroe de Turgenev, Bazarov murieron jóvenes”. La vestimenta, actitud, estilo de comunicación, todos fueron porciones del nuevo punto de vista nihilista. El estilo de ropa buscaba la funcionalidad y la utilidad sobre la moda frívola. La ‘sublevación en el vestir’ de las nigilistka iba algo así:

Una de las más interesantes y ampliamente comentadas características de las nigilistka era su apariencia personal. Descartando las “muselinas, listones, plumas, sombrillas y flores” de una dama rusa, la arquetípica muchacha de la creencia nihilista en los años 1860 vestía un sencillo traje oscuro de lana, que caía derecho y suelto desde la cintura con puños y cuello blancos como sus únicos embellecimientos. El pelo era cortado corto y llevado recto, y la que lo llevaba frecuentemente adoptaba el uso de gafas oscuras.

La “moda nígilistka”, trataba de algo más que sólo rebelión juvenil contra la moda burguesa porque en vez de simplemente contradecir las formas establecidas, ésta terminó creando su propia identidad. El razonamiento detrás de mucho de esto se trataba del autohabilitamiento. “La maquinaria de la atracción sexual a través de la apariencia externa, que llevaba a la esclavitud fue descartada por la nueva mujer cuyo credo nihilista le enseñaba que ella tenía que hacer su camino con conocimiento y acción en vez de artimañas femeninas”. Aún más profundo, que cambios en la apariencia superficial, existía una nueva y bastante profunda realización, porque la nígilistka entendía que la vida tenía que ser definida internamente y no sólo por autoridades o valores externos. “Para establecer su identidad, ella necesita una causa o un “camino”, en vez de sólo un hombre”. Una interesante desviación de la norma también ocurrió en el estilo de comunicación. “La típica nígilistka, como su camarada masculino, rechazaba la hipocresía convencional de las relaciones interpersonales y tendía a ser directa al grano hasta el punto de la grosería”.

01 | TIEMPOS SEVEROS REQUIEREN MEDIDAS SEVERAS

Viendo sus esfuerzos por un cambio social, sólo ser recibidos con brutalidad policíaca y represión incrementada por la despótica autoridad, los revolucionarios revalorizaron sus tácticas. Pedro Tkachev y Sergio Nechayev fueron dos, que sintieron que los tiempos severos requerían medidas severas. La revolución estaba sólo empezando.

Varios años de conspiración revolucionaria, terrorismo y asesinato siguieron. Los primeros casos de violencia ocurrieron más o menos espontáneos, algunas veces como contramedidas contra los brutales oficiales de la policía. De este modo, temprano en el 1878 Vera Zasulich disparó e hirió al gobernador militar de San Petersburgo, el general Teodoro Trepov, que había ordenado azotar a un preso político; un jurado falló en declararla culpable, con el resultado de que los casos políticos fueron retirados del procedimiento judicial regular. Pero en breve emergió una organización, la cual puso al terrorismo conscientemente en el centro de sus actividades. La sociedad conspiratoria revolucionaria “Tierra y Libertad”, fundada en 1876, se dividió en 1879 en dos grupos: la “División Negra”, o “Repartición Total de Tierra”, que enfatizaba gradualismo y propaganda, y la “Voluntad del Pueblo” la cual montó una ofensiva terrorista a gran escala contra el gobierno. Los miembros de la “Voluntad del Pueblo” creían que, porque por la naturaleza altamente centralizada del estado ruso, unos pocos asesinatos podían causar tremendo daño al régimen, como también proveer la instrucción política requerida para la sociedad educada y las masas. Seleccionaron al emperador, Alejandro II, como su blanco principal y lo condenaron a muerte. Lo que siguió ha sido descrito como una “caza de emperador” y en ciertos modos desafía la imaginación. El comité ejecutivo de la “Voluntad del Pueblo” incluía sólo alrededor de treinta hombres y mujeres, dirigidos por tales personas como Andrew Zheliabov que

provenía de los siervos y Sofía Perovskaia que provenía de la clase administrativa más alta de Rusia, pero que luchó al imperio ruso.

Después del asesinato del Zar, algunos empezaron a cuestionar la utilidad estratégica de la violencia escalada pero pocas alternativas existían en el entorno opresivo de la Rusia imperial. Los monarcas posteriores Alejandro III y Nicolás II sólo se hicieron más reaccionarios y de mentalidades cerradas mientras que a la misma vez, anulaban hasta las mínimas libertades públicas.

Los nihilistas rusos fueron listos, dedicados y poseían una tenacidad que era incomparable. Estos eran revolucionarios, que eran muy conscientes de la naturaleza del sistema político con el cual estaban en conflicto, pero fallaron en adquirir dos elementos críticos. Ya que como no tenían ningún programa social constructivo cohesivo, los nihilistas carecían de sostenibilidad estratégica de su movimiento revolucionario. Aunque lograron su objetivo táctico de asesinar a las figuras de autoridad del nivel superior, su objetivo más amplio de adquirir mayor libertad de movimiento e ideas todavía se mantenía esquivo. Parece que la escala de tiempo necesaria de su lucha era más larga que lo anticipado y la naturaleza atrincherada del sistema, y la cultura de miedo, y el servilismo a los gobernantes autocráticos en la cual descansaba fue mucho más profunda que lo realizado; 1,000 años de tradición simplemente no pueden ser inmolados en una década. Pero como el programa social es secundario a los planes inmediatos, en un sentido mayor, yo pienso que el problema primario, afectando a los revolucionarios rusos del siglo XIX es La Reunión Revolucionaria,

(por Ilya Repin, 1883), que tuvo que ver más con limitaciones de comunicación que cualquier otra cosa, porque tenían casi todo a favor, excepto la cuestión numérica. Careciendo de la habilidad para alcanzar al público ruso, excepto en escala menor, hizo que una sublevación amplia, y coordinada, fuera prácticamente imposible. La tecnología de publicación era fácil de controlar para los regímenes déspotas, mientras que la radio y la imprenta barata no habían llegado a generalizarse en uso hasta principios del siglo XX.

Aunque la violencia política pudo haber tenido un valor estratégico cuestionable el cambio cultural en puntos de vista, actitudes e ideas hizo contribuciones importantes que duraron mucho después de que los nihilistas rusos mismos habían dejado la escena.

“Así eran los verdaderos nihilistas, los destructores, que no se molestaron sobre qué iba a ser construido después de ellos. Ellos no rechazaron exactamente todo, porque creían firmemente, fanáticamente, en la ciencia y en el poder de la mente individual. Pero pensaban que nada más merecía el más mínimo respeto, y atacaban y se burlaban de la familia, religión, arte e instituciones sociales y mientras más vehementemente, en más alta estima eran tenidos en la opinión de sus compatriotas”.

– Sergio Stepniak.

02 | NECHAYEV, EL ÁNGEL VENGADOR

«El 13 de mayo de 1881, un atentado terrorista acababa con la vida del zar Alejandro II. Los responsables eran miembros de la organización revolucionario Narodnaia Volia, un grupo de tendencia nihilista que había atentado contra el régimen en numerosas ocasiones desde su formación en 1879. Esta vez la acción había estado a punto de ser un desastre. La primera bomba, lanzada por un joven de aspecto frágil llamado Nikolái Rysakov, apenas había dañado el carruaje en el que viajaba el zar, que había conseguido salir por su propio pie del vehículo. Rysakov había sido detenido de inmediato, pero antes de que los cosacos pudiesen llevárselo para hacerlo desaparecer en alguna de las -temibles cárceles zaristas, el joven había tenido tiempo de gritar algo a la multitud que se agolpaba en la calle para ver lo sucedido. Aquel grito funcionaba como una clave, una contraseña capaz de detonar artefactos y hacer saltar por los aires regímenes enteros. La segunda explosión no se hizo esperar. Ignati Grinevitski lanzó un paquete bomba que cayó al lado del zar, destrozándole las piernas. El monarca moriría desangrado unos minutos más tarde en su habitación del Palacio de Invierno. En respuesta, el Estado se cobraría la vida de cinco miembros de Narodnaia Volia, que serían condenados y ejecutados a principios de abril. Sin embargo, la oleada represiva emprendida por el zarismo no conseguiría acabar con el terrorismo revolucionario, que se extendía cada vez con más fuerza por todo el país. Un ejército de

terroristas, anarquistas, nihilistas y conspiradores profesionales miraba atentamente los planos de las ciudades buscando puntos débiles en el trazado de sus calles, lugares susceptibles de albergar bombas, rincones oscuros que escapasen al control de la policía. Las conspiraciones se sucedían una tras otra. Las ciudades se habían convertido en una trampa para los poderosos.

La organización Narodnaia Volia suponía la culminación de un movimiento que se mantendría hasta la caída del régimen, pero que había comenzado 20 años antes, con un acontecimiento que mostraba las tormentas que estaban a punto de desatarse. En noviembre de 1869 el cuerpo de Ivan Ivanovich, un estudiante de medicina conocido por su compromiso político, era encontrado en el fondo de un estanque situado en las afueras de Moscú. El cadáver tenía un agujero de bala en la frente y los bolsillos llenos de piedras para que se hundiese con más facilidad. La policía inició una investigación que daría resultados sólo cuatro días más tarde. El responsable del crimen era Sergéi Nechayev, un joven de aspecto desaliñado que lideraba una pequeña organización de tendencia nihilista llamada Narodnaia Rasprava, la Justicia del Pueblo. La noticia conmocionó a la sociedad rusa, que vivía ajena a la realidad que ahora salía a la luz. En los sótanos y los callejones de las ciudades, decenas de jóvenes nihilistas conspiraban para acabar con el poder. Traían consigo la pólvora y la tormenta. Antes de ser detenido, Nechayev consiguió abandonar Rusia y llegar a Ginebra, donde contactó con Bakunin. Antes de ser detenido, Nechayev consiguió abandonar Rusia con

un pasaporte falso y llegar a Ginebra, donde contactó con Bakunin. El anarquista tenía 55 años y el cuerpo lleno de las cicatrices que dejan las barricadas, la cárcel y el exilio, pero aquel joven de apenas 20 años consiguió impresionarle. Nechayev era el ángel de la revolución, la señal que anunciaba la llegada de una nueva generación de revolucionarios con los bolsillos llenos de casquillos de bala. En el pequeño apartamento en el que vivía Bakunin, Nechayev escribió uno de los manifiestos políticos más violentos y amorales de todos los tiempos: El catecismo revolucionario. El texto contenía un conjunto de recomendaciones sobre cómo debía ser la vida y la estrategia de los militantes, pero era mucho más que eso. Aquel manuscrito era el cuerpo teórico de una nueva doctrina, el libro fundacional de una sociedad secreta de hombres y mujeres malditos que estaban dispuestos a sembrar el terror entre los poderosos. A esa sociedad secreta pertenecerían los miembros de Narodnaia Volia, pero también muchos otros antes y después de ellos. A todos se les podía reconocer por la mirada de rabia y las manchas de pólvora en el abrigo.

Seis meses después de su llegada, Nechayev decidió regresar a Rusia con una identidad falsa. El siguiente paso era poner en marcha la organización que debía llevar a la práctica aquellas ideas, desatar la tormenta, sembrar el terror.

Sin embargo, antes de abandonar la ciudad robó de casa de Bakunin y Herzen numerosa documentación que podía hacer peligrar la vida de ambos si caía en manos de la policía. Con

ello Nechayev no solo conseguía documentos que podían servirle como salvoconducto en los círculos revolucionarios, sino también información con la que poder extorsionarles en caso de que las cosas no sucediesen como estaban previstas.

La traición resultó muy dolorosa para Bakunin, que había establecido un vínculo con Nechayev que iba mucho más allá de la simple afinidad política. El viejo revolucionario no sólo había sido influenciado por la visión de la violencia de Nechayev, mucho más inmediata que la del anarquista, sino que también se había sentido fascinado por aquel joven de aspecto hipnótico. Había visto en él la promesa de una tormenta capaz de hacer saltar por los aires los mecanismos de dominación.

Sin embargo, la realidad era muy distinta. Nechayev había exagerado conscientemente las informaciones que había transmitido a Bakunin sobre la situación de Rusia. El país no estaba al borde de la insurrección ni el joven nihilista lideraba ninguna organización masiva. Nechayev no había hecho más que inventar una historia que pudiese impresionar al revolucionario y le permitiese conseguir sus objetivos. Al fin y al cabo, los medios no eran más que otro nombre que darle a los fines.

A partir de la difusión de su texto, el nombre de Nechayev sería una palabra temida por los poderosos y maldecida por la Historia, capaz de inspirar terror y desatar el pánico. El nihilista pasaría sus últimos -días en prisión, pero su nombre

seguiría siendo susurrado mucho después de su muerte. Como recoge El Catecismo Revolucionario, a través de la correspondencia que acompaña al texto, ese nombre no sólo obsesionaría a un Bakunin que seguiría hablando de él durante años, sino también a figuras como Dostoyevski, para el que los jóvenes nihilistas no eran más que una “piara de cerdos”. Ese nombre seguía funcionando como una clave, como una contraseña capaz de conjurar el terror y despertar a los demonios. Como un artefacto explosivo».

Hay notables diferencias entre la situación cultural y política de la Europa de fines del siglo XIX y nuestro mundo del siglo XXI. El peso de la autoridad opresiva no es tan siquiera tan aplastante hoy como antes, especialmente en comparación con la Rusia Zarista. La situación para las masas era tan sombría, como para hacer de la muerte por la violencia más atractiva que una vida en esclavitud; América no es una Palestina y California no es la Franja de Gaza.

La tenacidad de Sergio Nechayev era admirable y su metodología acumula puntos a seguir, sobretodo el tratar más que sólo la infraestructura física, tan típico del marxismo y otras “revoluciones” unidimensionales. Y como nada más, ‘El Catecismo’ ciertamente provocó debates y generó entusiasmo por el esfuerzo revolucionario”. – Freydis 17.05.02

Sergéi Nechayev, arrollador y rodeado de misterio, llegó cargado de grandes revelaciones. En 1865, cuando contaba con dieciocho años, se trasladó a Moscú, alentado y protegido por un escritor llamado Nefedov, con quien había mantenido correspondencia y

quien le prestó los primeros libros. Pero Nechayev, dispuesto a hacerse un nombre, rompió con él y se instaló en San Petersburgo un año más tarde tras conseguir una plaza en la universidad como profesor en prácticas. Allí se encontró con un ambiente sembrado de sectas políticas, grupos radicales y conspiraciones en marcha.

Nada más llegar, vivió un acontecimiento que le marcó profundamente: el atentado fallido de Karakóзов contra el Zar Alejandro II (Karakóзов, al verse detenido por los mismos ciudadanos que, aterrorizados, habían intentado proteger al zar, mientras era reducido por la multitud, les gritó: «¡Estúpidos, lo que he hecho por vosotros!»). Karakóзов había reclutado un puñado de militantes entre los más pobres de Moscú, hasta lograr crear una organización secreta llamada Infierno, que fue el antecedente del terrorismo nihilista. Los miembros del grupo debían «vivir con nombre falso y romper todos los lazos familiares – se advertía en su Manifiesto-, no pueden casarse; deben abandonar a sus amigos: y en general, deben vivir con un único y exclusivo fin: un infinito y devoto amor por su país». Los objetivos a eliminar eran terratenientes, oligarcas y, sobre todo, el Zar. Ser elegido como el asesino (la funesta elección se hacía mediante sorteo) era todo un honor. Una vez decidido quien ejecutaría la acción, este tenía que llevar una doble vida, infiltrándose en los bajos fondos y viviendo como uno más, incluso debía acercarse lo máximo posible a la policía fingiendo ser un chivato. Tras la acción, llegaba el martirio; el terrorista, llevando en su ropa un comunicado o manifiesto y provisto de veneno, aceptaba su destino, que no era otro que la Muerte. Además, debía desfigurar su cara, para evitar ser identificado.

«A nosotros nos invitan, mediante hojitas diversas impresas en el extranjero, a reunirnos y constituir agrupaciones con el único fin de la destrucción universal, con pretexto de que por más que se haga para salvar el mundo, no se ha de conseguir, mientras que, cortando radicalmente cien millones de cabeza y aligerándose así de peso, se podría mejor saltar al abismo».

Nechayev, tiempo después, al recordar el atentado contra el Zar, confesó que «los cimientos de nuestra sagrada causa fueron puestos por Karakóзов en la mañana del 4 de abril de 1866. Su acción debe ser entendida como un prólogo». Lo siguiente, advirtió, sería el drama en sí.

Los tiempos estaban cambiando. En pocos años, los rusos (Dostoievski el primero) se sentían atónicos ante una nueva generación de jóvenes que predicaban un desprecio hacía la misma tradición como nunca había visto. El escritor Tugénev, en su famosa novela *Padres e Hijos* (1862), expresó el nuevo fenómeno, muchos jóvenes se identificaron con el irreverente personaje de Bazarov, contrario a la estética y el sentimentalismo. Bazarov era burdo, agresivo, carecía de paciencia. Su actitud se enfrentaba al mismo pasado. La novela, atacada tanto por la derecha como por la izquierda, puso sobre la mesa un profundo conflicto generacional. La historia copiaba a la literatura. Si los viejos revolucionarios surgían de las filas del populismo, que reclamaba tierra y libertad como Herzen (seguidores del socialismo francés o de Rousseau) y el mismo Bakunin, la nueva generación abrazaba el nihilismo; desde algunos sectores se

atacó la misma idea nihilismo, pero ese rechazo generó el efecto contrario: los jóvenes aceptaron el insulto con orgullo y terminaron por hacerlo suyo, devolviéndolo en forma de fuego, venganza y apocalipsis.

Nechayev irrumpió en el escenario político justo en este momento. Dos años más tarde del atentado de Karakóзов ya era una de las figuras clave en el ambiente radical de San Petersburgo. Sus lecturas y héroes no provenían del anarquismo, ni mucho menos, sino del jacobinismo; hoy sabemos que había leído a Zaichnevsky, autor de un popular folleto llamado Joven Rusia (donde exhortaba a la destrucción del poder del zar por cualquier medio que fuese necesario), a Blanqui o los jacobinos franceses. Abrumado por la idea de las sociedades secretas y el revolucionario profesional defendido por Blanqui o por el Buonaroti de la Conspiración de los iguales, soñaba con crear su propia organización, que estaría llamada a ser la definitiva, aquella que encabezaría la revolución. Tuvo sus propios mentores, como S. Ralli, seguidor de Bakunin, y Piotr Tkachov. Ambos se incorporaron a una sociedad secreta estudiantil, cuyo Programa de Acción Revolucionaria, muy posiblemente redactado por Nechayev y Tkachov entre 1868 y 1869, tenía como objetivo liderar una revolución que consideraban una ley histórica: «Si pensamos en lo que nos rodea -afirmaban uno de sus pasajes-, debemos concluir inevitablemente que vivimos en el mundo de la locura, tan terribles y antinaturales son las relaciones de unas personas con otras; así de extraña e increíble es su actitud hacia la masa de injusticias, vilezas y bajezas que constituyeron nuestra sociedad [...] El orden existente no puede durar». Por entonces, el ahorcamiento de Karakóзов o el

encarcelamiento de muchos militantes de Infierno, no pareció disuadirle, sino todo lo contrario. Nechayev pronosticó el supuesto alzamiento definitivo de los campesinos rusos contra el poder central, asegurando que exactamente el 19 de febrero de 1870 comenzaría la revolución en Rusia. Los cálculos estaban basados en la fecha en que los campesinos, que ya estaban emancipados, tenían que cumplir con la llamada «tasa de redención», una especie de tributo que debían dar los terratenientes a los nueve años de la entrega de sus tierras. Ese día los campesinos deberían elegir entre devolver la tierra o continuar pagando ese tributo. Nechayev, sin que sepamos la razón, creía que no entregarían dinero alguno. Tampoco devolverían la tierra, sino que se levantarían contra los propietarios.

Debido a estas actividades, fue citado en alguna ocasión en comisaría, aunque puesto en libertad, ya que no existían pruebas claras de que se hallase metido en la ejecución de ningún plan sospechoso. Sin embargo, empezó a ser vigilado y seguido. Al mismo tiempo, aquel Programa de Acción Revolucionaria establecía la necesidad de afianzar conexiones con los revolucionarios europeos y, quizá, éste fue el motivo por el que Nechayev, impaciente, saliera del país. Comenzaba su carrera revolucionaria que lo convertiría en «el primer terrorista». (este fue el título que le adjudicó E.H. Carr en los Exiliados Románticos -Sarpe, 1985-, en el capítulo dedicado a las relaciones entre Bakunin y Nechayev).

03 | NECHAYEVY BAKUNIN

«El Boy debe permanecer ajeno... Procurará espiarte, sonsacarte... No te dejes aprisionas en sus redes. Engañale sin escrúpulos... ¡Guárdate del Boy! [...] No es un canalla, pero cuando cree actuar en provecho de la causa, nada le detiene. Introducido en tu intimidad, te espiará, te calumniará, abrirá tus cajones, leería tu correspondencia, y cuando una carta le pareciese interesante, es decir, comprometedora, no vacilará en robártela. Si le presentas a un amigo, inmediatamente se prepondrá enemistaros. Su primer móvil es siempre sembrar el odio y la discordia. Si tienes una hija o una hermana intentará seducirla, hacerle un chico para arrancarla a las leyes morales de la familia e inducirla a un protesta revolucionaria contra la sociedad, Su única excusa es su fanatismo.: ha identificado completamente su propia persona con la causa de la revolución. Es un gran ambicioso, pero no un egoísta atento al medro personal, porque lleva una vida de mártir, de privaciones, de trabajo. Cuando hay que servir a la causa, no vacila ni se detiene ante nada. Es un fanático abnegado, pero al mismo tiempo un fanático peligroso».

Advirtió M. Bakunin

En 1869 un misterioso ruso llamado Sergei Nechayev se reunió con Miguel Bakunin. Los dos inmediatamente encontraron un uso para cada uno en medio de su deseo colectivo para fomentar la revolución dentro de Rusia, una tarea de

enormes proporciones que había hasta ahora eludido los mejores esfuerzos de Bakunin. Pero Nechayev era un hombre muy astuto y Bakunin era a menudo ingenuo y confiado, cegado por su propio entusiasmo, surgieron problemas. Nechayev por su parte probablemente nunca tuvo ninguna ilusión en cuanto a su propio objetivo y se mantenía callado dejando que Bakunin fuera el que hablara.

Nechayev y Bakunin parecía que se complementaban el uno al otro en atributos, uno era un gran orador, el otro no, uno un formidable conspirador en donde el otro no lo era.

Bakunin comenzó a considerar como sensatas las advertencias que le llegaban de Herzen y de otras tantas personas acerca de la peligrosidad de Nechayev, quien cada vez exigía más compromiso, ayuda y gestos hacia su particular forma de entender la lealtad. Además, al parecer y aunque pueda resultar un tanto extraño (¿acaso no había considerado el motivo real de la repentina liberación de sus obligaciones como traductor de *El capital*?), fue entonces cuando supo de la carta amenazadora que Nechayev enviase al editor para que lo dejase en paz. Bakunin, sospechando de su error, decidió romper con este. Nechayev, que en aquel momento había logrado de Bakunin todo lo que buscaba (rodearse de fama como revolucionario, acreditarse como líder político como puño y letra de alguien como Bakunin y, por supuesto, obtener dinero con el que vivir sin muchos apuros gracias al fondo Bakhmetiev), le reprochó su poco ardor guerrero y tomó otro camino.

Para todo el mundo, acercarse a él era el sinónimo de problemas. Vivía escondido en las afueras de la ciudad, cambiando de vivienda cada cierto tiempo, hasta que en el mes de agosto volvió a aparecer por Ginebra y se citó con Bakunin, quién decidió terminar definitivamente su relación con este. Sin embargo, antes de abandonar la ciudad, Nechayev robó numerosa documentación personal de Bakunin y de los Herzen, que en caso de caer en manos de la policía, podría comprometerle tanto a él como a muchos de sus amigos. De este modo, Nechayev lograba un doble propósito: amedrentarlo tanto a él como a gente de su círculo para que no lo denunciasen o perjudicasen su reputación y, por otro lado, hacerse con salvoconductos que podría mostrar ante cualquier simpatizante. Dolido, Bakunin le recriminó su actitud, este, despóticamente, le dijo que no entendía sus lamentos: todo estaba en aquel texto que ambos habían suscrito. El catecismo revolucionario lo justificaba. La gran traición y el desprecio profesado por su Boy, ejemplificaron algo que El Catecismo revolucionario defendía; entre otras cosas, separaba la revolución del amor y la amistad, transformando todo en un espiral homicida y fría, desligada de toda solidad y cariño entre camaradas. Al estilo nihilista, el sentimentalismo era despreciado. Dar el siguiente paso era relativamente sencillo; tanto amigos como aliados, sencillamente, sobraban si estos no bailaban con él; es más, se volvían enemigos a destruir. La rudeza se convertía en un modo de vida. Al final, cualquier medio era posible y loable, pero también cualquier fin. Bakunin había sido una inversión, la mejor de todas, y en torno al mes de julio, desesperado envió varias cartas a amigos y colaboradores para prevenirle de Nechayev e intentar recuperar

los documentos. Entre esas cartas, estaba una enviada a una persona bajo el seudónimo de Valerien y cuya fecha es el 24 de julio de 1870: «En nombre de todo lo bueno, le ruego que no haga ninguna estupidez, es decir, no siga ningún engaño, y crea nuestros consejos y cada palabra de la carta que escribí a Tailander, ya que todo es correcto. Es una cuestión de su seguridad, algo que usted comprenderá si se toma el tiempo necesario para entender cada palabra de esta carta. Sería algo muy positivo, tanto para usted como para nuestra causa común, si tuviera alguna manera de encontrar los documentos que Nechayev nos robó, tanto los documentos nuestros como los suyos».

Nechayev, utilizando identidades falsas, fue de un país a otro, hasta que cometió el grave error de regresar a Suiza, donde era buscado por agentes rusos. No pensaba que su cerco fuese tan estrecho, y confiaba en que, en caso de detención, Suiza no accedería a la entrega de un refugiado político. Estaban, por supuesto, muy equivocados. El propio gobierno suizo había recibido expresas ordenes de capturarlo por el asesinato de Ivanov y, de hecho, tiempo antes había detenido por error a una persona a la que confundieron con él.

Bakunin, sin guardarle rencor, al enterarse de su regreso, le escribió una carta que entregó a un mensajero, en la que le advertía del peligro que corría, pero él, creyendo que era una artimaña para librarse de él, hizo oídos sordos. Este ejemplo de compasión última ilustra su postura con respecto al terror nihilista. Bakunin nunca condenó los atentados porque, entre otras cosas, no vivió para presencia *la belle époque* de las bombas y los asesinatos políticos. Pudo, eso sí, entever algo con el

intento de asesinato del zar a manos del pionero Karakózov y, de hecho, se enfrentó a su amigo Herzen, quien condenaba el acto; Bakunin no lo compartía, pero veía en este una entrega heroica, un gesto que merecía respeto, un símbolo de que algo podía cambiar: «En ningún caso tenemos aquí el derecho de juzgarlo sin saber nada de él ni de las razones que lo incitaron a cometer su acto. Como tú, no espero el menor provecho del asesinato del zar de Rusia; incluso estoy dispuesto a admitir que tal regicidio sería positivamente nefasto al suscitar una reacción momentánea favorable al zar; pero no me extraña en absoluto que no todos compartan mi parecer y que, con el agobio de la situación actual, que dicen insoportable, haya habido un hombre menos filosóficamente culto que nosotros, pero más enérgico, para creer que se puede de un golpe zanjar el nudo gordiano; y lo respeto sinceramente por haber tenido esa idea y cumplido su acto. A pesar de sus errores teóricos, no podemos rehusarle nuestro respeto y reconocerlo, ante la abyecta muchedumbre de cortesanos serviles del zar, como uno de los nuestros». (Carta de Bakunin a Herzen y Ogarev fechada el 19 de julio de 1866).

CARTA DE BAKUNIN A TALANDIER SOBRE NECHAYEV

Querido amigo,
Acabo de enterarme de que Nechaev se presentó en su casa y usted enseguida le entregó las direcciones de nuestros amigos Mroczkowski y su mujer. Deduzco de esto que las dos cartas en que Ogarev y yo le habíamos avisado y suplicado que le rechazara llegaron demasiado tarde, y sin exageración alguna, considero el

resultado de esa demora como una gran desgracia. Puede parecerle extraño que le aconsejemos que rechace a un hombre, al que le dimos credenciales para usted escritas con palabras sumamente calurosas. Pero dichas credenciales son del mes de mayo, y desde entonces descubrimos y tuvimos que convencernos de la existencia de cosas tan graves que debimos romper todas nuestras relaciones con Nechaev, y con el riesgo de pasar a sus ojos por hombres inconsecuentes y ligeros, pensamos que era un deber sagrado avisarle y prepararle en contra de él.

Ahora voy a tratar de explicarle con pocas palabras los motivos de este cambio: Sigue siendo perfectamente verdadero que Nechaev es el hombre más cruelmente perseguido por el Gobierno ruso, y que éste cubrió todo el continente de Europa con un sinnúmero de espías para dar con él en todos los países pidiendo la extradición tanto en Alemania como en Suiza. Eso nos lo hace sagrado para nosotros. También es verdad que Nechaev es uno de los hombres más activos y más enérgicos que he encontrado. Cuando se trata de servir a lo que llama la causa, no se apiada, no vacila y no se para en nada, y se muestra tan despiadado para sí mismo como para los demás. Tal es la cualidad principal que me atrajo y que me hizo buscar mucho tiempo su alianza. Algunos pretenden que él es sencillamente un estafador redomado - es una mentira - es un fanático con entrega pero al mismo tiempo un fanático muy peligroso y cuya alianza sólo podría ser funesta para todos.

Ahora viene el por qué de esta carta: Formó parte primero de un Comité oculto que realmente existió en Rusia. Este Comité ya no existe. Todos sus componentes fueron detenidos. Nechaev quedó

solo, y a solas él está constituyendo hoy por hoy lo que llama el Comité. Ya diezmada la organización rusa en Rusia, él se esfuerza por crear otra nueva en el extranjero. Todo esto sería muy natural, muy legítimo, muy útil, pero la manera cómo se porta resulta detestable. Sumamente impresionado por la catástrofe que acaba de destruir la organización secreta en Rusia, él se fue paulatinamente convenciendo de que para fundar una sociedad seria e indestructible era preciso tomar por base la política de Maquiavelo y adoptar de lleno el sistema de los jesuitas : por cuerpo la única violencia, por alma la mentira.

La verdad, la confianza mutua, la solidaridad seria y severa sólo existen entre una decena de individuos que conforman el sanctus sanctorum [el lugar mas santo] de la sociedad . Todos los demás debe servir como instrumento ciego y como materia explotable en manos de esta decena de hombres realmente solidarizados. Está permitido, incluso se manda, engañarles, comprometerles, robarles y, de ser necesario, hundirles. Son carne de conspiración. Un ejemplo : usted recibió a Nechaev gracias a nuestra carta de recomendación, le dio en parte su confianza, le confió a sus amigos - entre otros al señor y a las señora Mroczkowski. Ya está implantado en el mundo de usted. ¿Qué hará? Le soltará primero una sarta de mentiras para aumentar la simpatía y la confianza en usted. Pero no se conformará con eso. Las simpatías de hombres tibios, que sólo se entregan en parte a la causa revolucionaria, y que fuera de dicha causa tienen aún intereses humanos, como amor, amistad, familia, vínculos sociales, estas simpatías no son a sus ojos una base suficiente. En nombre de la

causa, él debe adueñarse de toda su personalidad, sin que usted se dé cuenta. Para ello, le estará espiando, procurando apoderarse de todos los secretos de usted, y por eso mismo, de estar usted ausente, una vez solo en su aposento, abrirá todos los cajones, leyendo la correspondencia de usted, y cuando una carta le parezca interesante, es decir comprometedor desde cualquier punto de vista que fuere, sea para usted mismo, sea para uno de sus amigos, la robará guardándola con sumo cuidado como un documento en contra de usted o de su amigo. (Así obró con Ogarev, conmigo, con Tata, y con otros amigos - y cuando en asamblea general le convencimos, se atrevió a decirnos con cinismo : pues sí, es nuestro sistema, consideramos como enemigos, y tenemos el deber de engañar, de comprometer a cuantas personas no estén completamente con nosotros. O sea a cuantos no estén convencidos de la belleza de ese sistema y no hayan prometido aplicarlo como ellos mismos).

Si usted le presentó a un amigo, su primer cuidado será sembrar entre ustedes la división, los chismes, la intriga, en una palabra, enemistarles. Su amigo tiene una mujer, una hija, buscarán seducirla, hacerle un niño, para arrancarle a la moralidad oficial y lanzarla en una protesta revolucionaria forzada contra la sociedad. Cualquier relación personal, cualquier amistad, cualquier vínculo están considerados por ellos como un mal, que tienen el deber de destruir, porque todo esto constituye una fuerza que por estar fuera de la organización secreta debilita la fuerza única de la misma. No grite por ver exageración, todo eso me fue ampliamente desarrollado y probado. Al verse desenmascarado, este pobre Nechaev es aún tan ingenuo, tan niño, a pesar de su perversidad sistemática, que creyó posible convertirme. Fue hasta suplicarme

que yo aceptara que él desarrollase esta teoría en un periódico ruso que propuso que lanzáramos. Traicionó la confianza de todos nosotros, nos robó cartas, nos comprometió horriblemente, en una palabra, se condujo como un miserable. Su única disculpa es su fanatismo. Es un terrible ambicioso sin saberlo, porque terminó por identificar del todo la causa de la revolución con su propia persona. Pero no es un egoísta en el sentido banal de esta palabra, porque él se arriesga a horrores, y lleva una vida de martirio, de privaciones y de trabajo increíbles. Es un fanático y su fanatismo le impide ser un jesuita perfecto. A veces ello le hace parecer un tonto. La mayoría de sus mentiras son groseras. Juega al jesuitismo como otros juegan a la revolución. A pesar de esta ingenuidad relativa, es muy peligroso, porque comete a diario actuaciones, violaciones de confianza, traiciones contra las que resulta muy difícil de resguardarse, por sospechar a duras penas la posibilidad de las mismas.

Con todo, Nechaev es una fuerza, porque es una inmensa energía. Es con una pena grande que me separé de él, porque el servicio de nuestra causa requiere mucha energía y que pocas veces se la encuentra desarrollada hasta tal punto. Pero tras haber agotado todos los medios de convencerme, tuve que separarme, y una vez separado, tuve que combatirle con creces. Su último proyecto fue ni más ni menos que formar una pandilla de ladrones y bandoleros en Suiza, naturalmente con el objetivo de constituir un capital revolucionario. Le salvé forzándole a que dejara Suiza, porque es seguro que le habrían descubierto, él y su pandilla, en unas pocas semanas, se habría perdido y nos habría perdido a todos con él.

Su compañero y camarada Serebrenikov es un maleante de verdad, un mentiroso descarado, sin la excusa, sin la santidad del fanatismo. Fui testigo de numerosos robos de papeles y cartas que cometió. Y tal es la gente que Mroczkowski, pese a que fuera avisado por Jukowski, estimó deberle presentar a Dupont y a Bradlaugh. El mal está hecho, hay que repararlo sin ruido, sin escándalo dentro de lo posible.

En nombre de la paz interior, de la tranquilidad de la familia y de la consideración personal de usted, le suplico que le cierre la puerta de su casa. Hágalo sin explicación, corte sin más. Por muchas razones, no deseamos que sepan por ahora que les estamos dando guerra en todos los planos. Tienen que imaginarse que los avisos en contra de ellos vinieron del campo de nuestros adversarios ; lo que por otra parte estará perfectamente conforme a la verdad, porque sé que se escibió con mucha energía contra ellos en el Consejo general de Londres. No se deje pues desenmascarar antes de que convenga ante ellos. Nos robaron papeles, que tenemos primero que recuperar.

Persuada a Mroczkowski de que la salvación de toda su familia exige que rompa completamente con ellos. Que él prepare en contra de ellos a Marie. El sistema, el goce de ellos consiste en seducir y corromper las jóvenes. De este modo se domina a toda la familia. Me daría pena que hubieran sabido la dirección de Mroczkowski - porque serían capaces de denunciarle. ¿Acaso no osaron confesarme abiertamente en presencia de un testigo, que delatar a la policía secreta a un miembro con poca o solo con media dedicación, es uno de los medios cuyo uso consideran muy legítimo y útil algunas veces? Hacerse con los

secretos de una persona, de una familia para tenerla en sus manos, es su principal medio.

Me asusta tanto que ellos sepan la dirección de Mroczkowski que les aconsejo, que les suplico que cambien de alojamiento de modo a que no puedan descubrirles. Si después de esto Mroczkowski, confiando como un fatuo en su propio juicio, continúa sus relaciones con esos señores, que caigan sobre él las consecuencias funestas, inevitables de tal ceguera vanidosa.

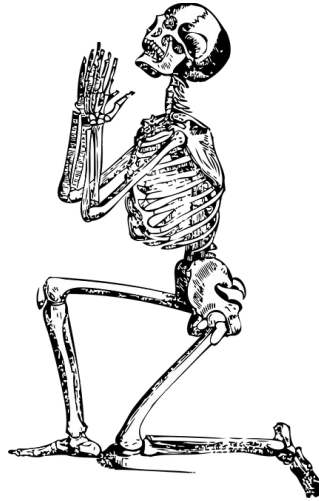
Es preciso que usted y Mroczkowski avisen a todos los amigos a quienes pudieran presentar esos señores para que estén sobre aviso y no les den ni confianza, ni asistencia.

Nechaev, más obstinado que nunca se pierde fatalmente. El otro ya está perdido. Nuestros amigos no deben participar de la ruina vergonzosa de ambos. Todo esto es muy triste y muy humillante para nosotros que se los habíamos recomendado, estimado amigo, pero la verdad es aún la mejor solución y el mejor remedio contra todas las culpas.

Respóndame a Locarno: Suiza - Cantón de Tesin - Locarno - Signora Teresa Pedrazzini - per la signora Antonia.

Saludos fraternos,

M. Bukharin



NOTA EDITORIAL

Rusia Subterránea es el testimonio directo de la propaganda y el terrorismo nihilista ruso de finales del siglo XIX. Su autor, Stepniak, participó en las rebeliones de Bosnia (1876) y Benevento junto a Malatesta (1877), participó en la fundación de la sociedad secreta y posterior organización política “Zemlyá i Volya” (Tierra y Libertad) y se hizo famoso tras asesinar al jefe de la policía secreta Mezentsov con una daga en las calles de San Petersburgo en 1878. Escribió diversas obras sobre el movimiento Narodnik (populistas revolucionarios rusos), entre ellas esta breve selección que narra, desde dentro, los orígenes, las acciones y las motivaciones de dos generaciones de militantes y terroristas en Rusia.

Añadimos, como datos de interés, fragmentos de diferentes ejemplares editados por esta Editorial, relacionados directamente con el movimiento revolucionario ruso, concretamente, el nihilismo ruso, tomados, por ejemplo, de El Catecismo Revolucionario y Sociedades Secretas contra el Estado.

Deseo, de igual forma, sin distinción alguna, para todos vosotros, la muerte. Y para mí, deseo de igual forma la libertad de un abortado, del ser no-nato. Sin el lastre abusivo del pecado, del crimen, de la pestilencia de la Era de la razón.

Y, cuán más alto deseo. ¡Celebrando el ocaso del milenio de la sobrepoblación! Somos la más perversa de las plagas, enviada por el Altísimo desde el reino de los Cielos, con el fin de colonizar la existencia, de aquellos, los ingobernables, los animales, los ríos, las plantas, la Tierra. Así, nos hizo a su imagen y semejanza, por y para Dios, para domesticar lo indomesticable, para colonizar lo ingobernable, poniendo en marcha la primera de las inquisiciones, el primer holocausto. De todo ello, culpable es el hombre. Culpables desde que nacemos, cada nacimiento es un nuevo crimen, cuyo horror es ovacionado. ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo, para auto-exterminarnos los unos a los otros?



E/W